

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 12 DE 1933

Contra la Corriente, *por* David A. Siqueiros

[LA] PENA DE MUERTE, *Cuento de Raúl Rivero Olazábal*

★

[E]L caso era claro. Demasiado claro, desgraciadamente. Una mañana habían encontrado muerto al viejo Barcala, con una feroz puñalada en el corazón. La pieza estaba en orden, pero había desaparecido un cofrecito en que aquel ...uardaba una suma de dinero cuyo monto se desconocía, ...ro de cuya existencia no se dudaba, por declaraciones ...riores de la víctima. Eran los ahorros de toda su vida. ...u compañero de pieza, Zoilo Echeluz, faltaba desde ...a, sin que se tuviera la menor noticia de su paradero. ...stintas comisiones en su búsqueda, pronto fué en... ...go, haciendo a pie el camino a Santiago. Cuando le ...o de su detención, demostró enorme extrañeza, y ...verse con la triste suerte de su compañero. Lleva... ...estó en todos los tonos su inocencia. Refería que ...en había llegado a la casa muy tarde, cuando ya el ...do. Se acostó sin hacer ruido, a fin de no despertar... ...ó profundamente dormido él también, extenuado por ...abajo. Nada lo despertó durante la noche; antes de ...stió sigilosamente, como lo hacía en esos casos, y ...a Santiago, donde debía permanecer dos o tres días, ...no supo explicar. Nadie creyó en su inocencia, por ... admitir que no hubiera oído nada, ni el menor ruido ...ra, mientras en la cama de al lado estaban asesinando y ... aceptable eso? ¿Y cómo suponer que al salir para pasar ... la ciudad, no se hubiera despedido de su compañero, y ...iado solo en la pieza, con las puertas abiertas? Descarta... ...ad de que el crimen se hubiera cometido después de su ...es la autopsia demostró que la muerte había sido instantá... ...bía producido entre las dos y tres de la madrugada, es de... ... según su propia declaración, él estaba allí, quedaba casi ... él había sido el autor del inicuo asesinato. Y, por otra ...o había sido, ¿quién podía haber sido, entonces?

...on las averiguaciones, las pesquisas, los testimonios; se ...as pericias de toda índole y, al final del sumario, la ...Zoilo Echeluz era convicción unánime de cuantos en... ...resaban por el asunto. El viejo Barcala había sido ...Habían robado el cofre con sus ahorros. El crimen, ...le. Era innegable, también, que alguien lo había co... ...móvil había sido el robo. Sólo faltaba, pues, averi... ... alguien. ¿Y quién si no Zoilo Echeluz, al que sin... ...mente todas las circunstancias? ¿Y por qué no iba a ... lo negara? ¿Quién es el que confiesa su culpabili... ...abían encontrado encima el dinero robado? Bah, es ...o, y tantos los lugares en que podía haberlo escon... ...es siempre quedaba la posibilidad de que el viejo ... dinero en el cofre, como se decía, y que el crimi... ... chasqueado. Todos estaban contestes en su culpabili... ...sta sus antecedentes lo perjudicaban, pues en el curso de ...gaciones llegó a saberse que Echeluz se dedicaba a nego... ...limpios en la ciudad, donde se le había visto a menudo ... de individuos catalogados como gentes de avería.

...ba siempre. A veces, acosado a preguntas, llegaba hasta ...atía racial y clamaba que él nada sabía de cuanto le pre... ...que habían matado a su amigo Barcala, cuya muerte ... lamentar. Pero su voz, cada vez más cansada, se ...un témpano de hielo: nadie le creía.

... a la última pena. Ni el mismo defensor se atre... ...ocencia; se limitó a pedir la clemencia de los hom... ... un momento de tremendo extravío, había puesto a ... de Dios.

...recibió el veredicto con su calma de siempre, sin que nada alterara el curso de su sangre en que había glóbulos indios, como si no llegara a comprender lo que eso significaba para él.

—Soy inocente — dijo una vez más.

La sentencia fué confirmada, y un día le notificaron que al siguiente sería ejecutado. En seguida empezaron a desarrollarse los tétricos preparativos de los ajusticiamientos.

Al día siguiente, al romper el alba, lo sacaron de la celda y lo condujeron al patio de la prisión. Fué entonces cuando, al mirar ya montada la máquina de la muerte, las fuerzas abandonaron por completo al condenado, y un terror animal se apoderó de él. En el patio cuadrado de la cárcel, envuelto aún en las últimas sombras de la noche, aguardaba un piquete de soldados armados y, cerca de ellos, un grupo reducido de funcionarios y curiosos que cuchiceaban levemente o se paseaban con nerviosidad. Al fondo, contra la pared más distante, se alcanzaba a distinguir una silla de palo. Esta silla era, indudablemente, la explicación y el eje de todo.



Cuando apareció el reo, al que acompañaba un religioso y escoltaban dos guardianes, hubo en los asistentes un movimiento de expectación. Aquél se echó atrás, instintivamente, como queriendo oponerse. Los guardianes lo tomaron de los brazos, empujándolo. El reo entonces se tiró al suelo, luchando con los guardias, que empezaron a arrastrarlo de los brazos, de las piernas, de la ropa, como un fardo. El lloraba, gritaba, se retorcía en convulsiones:

—¡No me maten! — clamaba. Y presa de un furor salvaje, golpeaba y mordía desesperadamente a sus carceleros.

Por fin éstos lo alzaron en vilo y él, agotado, se dejó llevar, informe como un trapo. Tiritaba de miedo. Un hilo de agua fué regando el patio.

Tuvieron que atarlo a la silla porque se desplomaba, incapaz de mantenerse en equilibrio, como si le hubieran arrancado el cerebelo.

El sacerdote le dió a besar un crucifijo. Le vendaron los ojos.

Sonó la descarga. Cayó como un mazazo sobre el reo, que se incorporó en la silla. Las balas, apretadas, le hundieron el pecho, rompiendo las cuerdas. Otras, en cambio, hicieron volar la calota craneana y salpicaron con sesos la pared. El cuerpo, vertiendo sangre, libre de sus ataduras, se inclinó sobre sí y rodó por el suelo.

El jefe del pelotón, lívido, le dió el tiro de gracia.

II

Años después, moría en un pueblo de España un hombre que dejaba esta carta:

"Antes de morir, quiero librarme del peso de un remordimiento que por espacio de muchos años ha amargado mi vida. En América era yo guarda de tren en un ferrocarril argentino. Solía pernoctar en distintos pueblos, al dejar el servicio. En uno de ellos vivía un viejo, del que sólo recuerdo se llamaba Barcala. De él se decía que era muy tacaño, asegurándose que a fuerza de ahorrar, había conseguido reunir una pequeña fortuna que tenía escondida consigo. En una ocasión, estando borracho, me reveló él mismo su escondrijo. Yo había prestado relativa atención a todo ello. Pero cierta vez que, en el juego, perdí una suma de dinero perteneciente a la empresa, ante el temor de que me despidieran y me denunciaran si no la reponía, lo que hubiera significado la cárcel para mí y la miseria para toda mi familia, perdí la cabeza, y resolví robar los ahorros del viejo Barcala. Para vencer mis escrúpulos, pensé que él era viejo y solo, por lo que poca utilidad podía esperar de su dinero.

"Esa noche debía pasarla en ese pueblo, esperando el tren de la madrugada. Me acerqué a la casa en que alquilaban una pieza Barcala y un amigo de él, llamado, si mal no recuerdo, Zoilo Echeluz. La puerta de la pieza estaba abierta. Entré. En una cama, dormía profundamente Echeluz; en la otra, hacía lo propio el viejo Barcala. Me dirigí cautelosamente al lugar en que se hallaba escondido el dinero y, tal como me lo figuraba, no tardé en encontrarlo. Tomé el cofrecito en que estaba guardado y, con el mismo cuidado con que había procedido hasta ese momento, para no despertarlos, me retiré.

"A la madrugada tomé el tren para Buenos Aires. Una vez allí, rendí mis cuentas con la empresa; y al día siguiente me embarcaba para España con toda mi familia.

"En el cofre, además del dinero, entre varios papeles encontré uno en que el viejo Barcala expresaba su propósito de suicidarse en la primera oportunidad, desesperado por una antigua enfermedad que lo aquejaba. Y desde ya declaraba como su único heredero en tal caso, a su amigo Zoilo Echeluz.

"De modo que con mi robo perjudiqué a los dos: al viejo Barcala, si no cumplió su propósito de eliminarse, o si lo cumplió muy tarde; y a su heredero, Zoilo Echeluz.

"Para reparar ese mal, ordeno que la mitad de mi fortuna, levantada gracias a ese dinero, sobre esa base manchada, sea entregada a los dos, si viven; o si no, al que sobreviva de ellos, el que, por su edad, me inclino a creer que sea Zoilo Echeluz".

[AVE]NTURAS DE MORGAN EL VIEJO

...O hacía viajes en La Gaviota, el último velero sureño que traía lana y pieles de Río Gallegos. Por esa época todavía abundaban ...antiguo Paseo de Julio los ...los grotescos y los bodego... ...anallas, llenos de mujerzue... ...arineros y toda clase de ...la resaca social.

... que vi a Mor... ... recuerdo co... ... fué en 1919, ...a preocupa... ... encorvado, ... las fuertes ... en su me... ...de gin, va...

...gan ¿be-...

...había sido ... enemigo ...a costa del ... por su so... ...ba a Mor... ...ma vez que ...nó de beber ...o seguí, por ... entró a un ...s, pidió una ... a uno, todos ...os del tingla... ...alir, puso una ...cho del negro ... muñeco meca... ... tan feroz trom... ...que casi le arranca la enor... ...abeza motuda.

II

... años después, estaba yo ...arios camaradas en el bar ... del mismo Paseo de Julio. ...amos y cantábamos mientras la orquesta de tiroleses llenaba de ruidos alegres todo el barrio. De pronto, una joven hermosa, ...estida con un traje parecido al ...forme del Ejército de Salvación, entró al bar seguida por dos ...citas y un niño. Se pusieron ...artir papeles. Tomé uno de ...e manos de la joven, que ...rmosa y rubia, de dulces ...zules, tristes y grandes, y ...teré que se invitaba a los ...pados y a los amargados, ... extraviados y a los vaga... ...os a frecuentar un refugio ...do Salva tu alma y tu co... ...n, situado en la calle Falu... ..., en pleno barrio de amarga... ...s y extraviados, de vagabundos y desocupados. No me interesé por el asunto.

III

Pero a la noche siguiente presencié una escena que no olvidaré jamás. El Avon estaba repleto de camaradas borrachos, mujerzuelas, un jorobado, una florista, un lustrador, en fin, la resaca de todos los bares. La joven hermosa de la noche anterior penetró al bar con gravedad. En la mesa cercana a la caja, cuatro marineros borrachos la provocaron. Uno de ellos pretendió tomarla entre sus brazos. De pronto, un negro hercúleo que yo conocía, un tal Sam, antiguo fogonero, dió un salto desde la mesa vecina y cayó sobre el marinero borracho. Los otros tres se lo sacaron de las manos, pero Sam volvióse hecho una fiera y dió cuenta de todos en un segundo. Los cuatro quedaron tendidos al pie de la mesa, mientras el negro Sam se ubicaba ...te en la suya. La joven ... la escena serenamen... ...ayudó a levantar a ca... ...e los infelices y salió ..., con la misma grave... ...empre. No pude conte... ...la seguí.

IV

... el Paseo de Julio, ...a cada bodegón, recorriendo el Salva tu alma y tu corazón. Después dobló por Viamonte hasta 25 de Mayo. Allí, en la puerta del bar Turco, recogió a dos personas, dos ex hombres, y encaminóse con ellos hasta la calle Falucho. A mitad de la cuadra una gran vidriera iluminada bajo un cartel que decía: Salva tu alma y tu corazón, dejaba ver el interior de un amplio local. Al fondo, en un ángulo, un anciano de larga cabellera blanca estaba sentado frente a un pequeño órgano. En el medio, detrás del pupitre, se instaló la joven hermosa. A su alrededor había libros, carteles, estampas religiosas. En el otro ángulo una gran canasta repleta de dorados panes y una portezuela que comunicaba con otro amplio salón interior. Estaba entreabierta y se podía



...en pleno barrio de amargados

ver una fila de camas. En los bancos desparramados por el local, una multitud de seres pintorescos, sombríos —pingajos humanos— escuchaba atentamente, con cierto fervor religioso, las notas del órgano. Ancianos y jóvenes, mujeres y hombres, formaban esa extraña concurrencia.

Yo estaba con la cara pegada al vidrio. De pronto la mujer se incorporó y, dirigiéndose a la puerta, llegó hasta donde me hallaba y dijo:

—Pase usted.

Sentí que me ruborizaba. Me quité la gorra.

—Buenas noches — murmuré. Y volví al bar Avon.

V

Sam estaba allí.

Los tiroleses se habían ido ya y quedaba poca gente en las mesas. Mis camaradas se habían ido también.

Pedí un rhum. Animado, acerquéme a la mesa de Sam.

—Hola, Sam...

—Hola, pequeño.

—Tu acción de hoy ha sido generosa.

—Es una vergüenza tratar así a una muchacha.

—¿Tú la conoces?

—¡Aunque no la conociera! Además, es la hija de Morgan, el Viejo.

Yo palidecí, levantándome del asiento.

—¿La hija de Morgan, el Viejo?

—Sí —repitió San conmovido—. La hija de Morgan, el Viejo, el capitán de la Inverness.

—No sabía que tenía una hija... Y, ¿qué ha sido de él?

—Es una historia larga.

—Yo trabajé con él. Yo he sido amigo suyo. Yo lo admiraba mucho.

—Está bien; cierra el pico y escucha.

Tuvimos que abandonar el Avon. Poco después nos instalábamos en el fondo de Las Naciones, de Viamonte y Paseo de Julio.

Eran las dos de la mañana.

VI

—Morgan, el Viejo — comenzó Sam— tenía mala fama en Cuba, en Nueva York, en Valparaíso. Pero era fuerte y temerario, sobrio y generoso con algunos camaradas y muy señor de su barco. Corrían leyendas acerca de él. Muertes extrañas, duelos terribles, amores endiablados. Nunca quise averiguar. Ultimamente realizaba con la Inverness frecuentes viajes desde Papeete y otras islas del Pacífico a Valparaíso. Allí descargaba, al parecer, tan solo especias y algunas maderas raras y otras cosas que a nadie preocupaban. Lo extraño de Morgan, el Viejo, era que su barco quedaba bastante tiempo anclado en Valparaíso. Morgan lo dejaba al cuidado del segundo, Smith, y bajaba a Buenos Aires, donde todo el mundo lo perdía de vista. Sus camaradas preguntaban: "¿Qué hará Morgan en Buenos Aires? ¿En qué gastará su dinero?" Un día Smith acompañó a Morgan a Buenos Aires. Se dijo después en Valparaíso que ambos habían disputado, en esta ciudad a causa de una mujer... Lo cierto es que en La Carolina, bodegón de la costa chilena, Morgan, el Viejo, volvió a encontrarse con Smith. Me cuentan que fué una pelea feroz. Morgan, el Viejo, quedó con la cara ensangrentada, pero a Smith hubo que sacarlo en camilla. Al día siguiente la Inverness partió. Diez horas después el barco de Morgan, el Viejo, era detenido por orden de la Prefectura de Valparaíso. A Morgan lo desembarcaron engrillado.

VII

—¿Qué había pasado? —prosiguió Sam—. Algo verdaderamente increíble. Smith había delatado al capitán, relatando lo siguiente al jefe de policía: Morgan, en combinación con un funcionario chileno, hacía ocho años que traía a Valparaíso contrabando de opio, y, lo que es verdaderamente terrible, mujeres de las islas del Pacífico, que vendía a precio de oro. Estas infelices viajaban escondidas en la bodega del barco. Se cuenta de mujeres asesinadas durante los viajes y de nativos que habían sido embarcados con engaños por unos dólares, y luego arrojados al mar. Yo no quise creer. Pero casualmente me hallaba en Valparaíso cuando leí en un diario la siguiente noticia de policía: "Morgan, alias el Viejo, ... feroz contrabandista ... últimamente, huyó de la cárcel ayer a las 11 de la noche. Armado de un revólver se dirigió a La Carolina en busca del antiguo segundo comandante de su velero Inverness, llamado Smith. Este, al verlo, trató de huír, pero rápidamente Morgan le disparó dos balazos mortales. Morgan huyó, perseguido por el dueño de La Carolina y algunos parroquianos, pero, en la esquina, se partió el corazón de un balazo. Entre sus ropas encontraron una carta dirigida a su hija, Edith Morgan, alumna del colegio de las Hermanas, de Buenos Aires.

VIII

—Bien — terminó el negro Sam con los ojos llorosos. — Edith fué encontrada. Le entregaron la carta. Algún indiscreto policía le contó la verdadera historia de su padre. Edith abandonó el colegio, recibiendo del Banco una espléndida fortuna, la fortuna que su padre había acumulado para ella, a base de contrabando de opio y de mujeres... A los pocos días de salir del colegio, Edith se hizo salvacionista. Fundó el refugio Salva tu alma y tu corazón. Desde ese momento, Edith, la hija de Morgan, el Viejo, es una santa, una verdadera santa, pequeño...

Salimos de Las Naciones a la madrugada.

No pude dormir. Sentía una opresión en el pecho.

Al día siguiente, por la noche, concurrí al refugio. Estuve dos horas esperando en la puerta, hasta que llegó la muchacha. Me miró, se detuvo un instante frente a mí, sin decirme nada. Después se sentó detrás del pupitre. Las notas del órgano, como pájaros fatigados, llenaban de lentos aleteos aquella casa piadosa. Me quedé con la cara pegada al vidrio, hasta ... salió a la cal...

Raúl Gon[illegible]n

REBELION DE LEPROSOS



EN la parte meridional de la costa rusa del mar Caspio, se eleva una de las ciudades más viejas del Oriente, Bakú, que da su nombre a la región situada entre el Daghestan, Elisabethpol y la provincia persa de Azerbaijdjan.

En el año 1905, el panorama de Bakú era bien distinto al cuadro lánguido y voluptuoso que del Oriente nos ha trazado Pierre Loti. Por sus calles pululaban tártaros, armenios, rusos, persas y judíos, prestos a dirimir sus contiendas salvajemente, por medio de horrendas matanzas. La ciudad negra, con su cielo cuadriculado por las altas torres del petróleo, se componía de siniestros barracones, perpetuamente húmedos, donde de a tres en cada cama dormían obreros que debían trabajar de sol a sol por un jornal miserable y a los cuales estaba interdicto el casarse.

Los persas permanecían sólo unos años trabajando en el petróleo, hasta reunir una cantidad que les permitiera adquirir una bella esposa. Los nómadas bajaban a engancharse a los pozos para retornar prontamente a sus aldeas, con fama de sabios.

Tal confusión de pequeños dialectos reinaba en las tribus daghestanas, que bastaba saber el idioma de Azerbaidjan para ser admirado entre los nómadas.

Sólo los obreros rusos comenzaban a protestar por la iniquidad del trato a que se los tenía sometidos. Y no había de pasar mucho tiempo sin que, mediante esfuerzos heroicos, tuvieran un órgano de combate, "El Obrero de Bakú", cuyo redactor en jefe era un georgiano, que había abandonado la carrera de sacerdote. Huyendo de los soldados del zar, después de haber permanecido prisionero en Siberia, Yodeph Dschugaschwili llegó hasta Bakú. El georgiano así llamado era nada menos que el formidable caudillo que después adoptó el nombre de Stalin.

En medio de este ambiente de opresión y de lucha, nació Essad Bey, hijo de uno de los tantos poderosos dueños de petróleo que se habían enriquecido impensadamente al adquirir, por un puñado de monedas, terrenos que después costarían millones.

Ya en el destierro, desalojado por la evolución comunista, Essad Bey escribió una obra intensa, "Petróleo y sangre en Oriente", donde relata los hechos de que fué testigo desde su infancia. Las peleas en masa entre mahometanos, judíos y armenios eran frecuentes. La zona arenosa que separaba de Bakú a la ciudad del petróleo estaba poblada de bandas armadas, que despojaban y asesinaban a los viajeros, al extremo de que los dueños de los pozos no se aventuraban a visitar sus posesiones sin una buena escolta.

Es curioso cómo esa especie de guardia pretoriana se contrataba. Cuando un dueño de zonas petrolíferas carecía de ella, no le faltaba nunca el ofrecimiento de algún caudillo nómade para hacerse cargo del dificultoso puesto. Si este ofrecimiento, que era hecho en forma humilde, diciéndole al poderoso señor que corría peligro su vida, era rechazado, el mismo caudillo se encargaba de asesinar al señor, lamentándose luego en la plaza pública de la ligereza del muerto que, no obstante sus advertencias, se había negado a contratar sus leales servicios.

Si, por el contrario, se confiaba al nómade la formación de la escolta, éste se convertía en un modelo de fidelidad. Defendía incluso con su vida a su patrón, no vacilaba en aplicar torturas a un sinnúmero de obreros hasta averiguar quién era el culpable del incendio de algún pozo y tomaba parte activa en todas las reyertas de su amo, combatiendo contra otras guardias rivales y solucionando a mano armada sus rencores, venganzas y discusiones.

Los amos del petróleo llevaban una vida suntuosa e inútil. Acumulaban riquezas tan sin objeto que uno de ellos, llevado por un capricho, hizo cubrir de láminas de oro un palacio, cuando los ingenieros y arquitectos le hubieron demostrado, trabajosamente, que era imposible construir una residencia en su totalidad con ese metal.

Llegaban a ricos usando una ...ica inescrupulosa, mitad oc... ...mitad oriental. La ma... ... de sus propietarios, ... contrabandistas, conspiradores o bandoleros. Uno de ellos, Riza, llegó a conectar tubos a los de un vecino. Descubierto el hecho, los magnates del petróleo, a los que les parecía bien cualquier cosa, menos robarse entre sí, se enfurecieron. El gobierno intervino, clausurando la explotación de Riza. Los magnates no se conformaron, solicitando se le aplicara la pena de muerte. Entonces corrió la noticia de que Riza se había suicidado en la cárcel. Los hijos pidieron el cadáver y lo enterraron con mucha pompa, reabriendo la productiva industria, ya que no se le podía hacer culpables de la acción de su padre.

Diez años más tarde, Essad Bey tropezó en París con Riza, el suicida. Este le explicó cómo había sobornado al director de la cárcel, quien le había suministrado un cadáver cualquiera, al que atravesó las sienes de un balazo, vistiéndolo luego con sus ropas. Después huyó a Europa, dejando el negocio en manos de sus hijos, que le enviaban una buena renta.

Haciendo amistades con honorables bandidos, conociendo las amplias estepas de Turquestán, donde aun persiste el recuerdo del espantoso caudillo Timur, que levantó altas pirámides, haciendo lapidar vivos a sus prisioneros, visitando el último de los templos de los adoradores del fuego, que queda en Azerbaidjan, presenciando innumerables peleas callejeras y numerosas huelgas sangrientas, trascurrió la vida de Essad Bey hasta el año 1918, en que llegó hasta Bakú la ola desatada por la revolución rusa.

Para resistirla se formó, entre los hijos de las mejores familias, la llamada "división de los salvajes", famosa porque sus soldados tenían la rara habilidad de desgarrar a dentelladas las gargantas de sus enemigos. Se proponían sus componentes limpiar de soldados rusos a Bakú, pues la mayoría de ellos se habían convertido al comunismo.

Los armenios nacionalistas, a las órdenes de Adronik y Stapa-Lalai, juraron apoyar la división de los salvajes. Pero poco antes de comenzar el combate contra los comunistas, quebrantaron su juramento, argumentando en favor de su nueva actitud, que su jefe Stepa-Lalai no podía pelear al lado de los mahometanos. Los armenios resultaron vencedores y se vengaron con creces de la derrota sufrida en 1905, a manos de los mahometanos. Se hizo una increíble matanza en la que no eran perdonados ni los ancianos ni las mujeres. Stepa-Lalai más refinado corría por las calles a la caza de niños, a los que destrozaba el cráneo contra los adoquines. Cuando doce mensajeros ondeando banderas blancas, se presentaron al campamento de los vencedores a solicitar la paz, éstos se limitaron a fusilarlos. La carnicería fué prolongada tres días más. Treinta mil mahometanos murieron en la masacre. Ebrios de sangre, los armenios inventaban nuevos entretenimientos. Essad Bey pudo observar cómo, desde los techos de una casa, los soldados arrojaban a la calle las criaturas, a quienes esperaban y detenían en la mitad del trayecto otros compañeros, haciendo que sus cuerpos se ensartaran en sus filosos sables.

Pero, sin duda, el espectáculo más extraordinario de esta baja epopeya de sangre lo dieron los leprosos, al rebelarse contra las autoridades.

En Oriente, las diagnosis de la lepra a las enfermedades de la piel son muy comunes. La mayoría de los leprosos de Bakú vivían en los arrabales, ocultando sus espantosas lacras. Pero una gran cantidad de ellos, declaradamente enfermos, estaban alojados en un lazareto, situado en el desierto, próximo a la ciudad.

Los vigilaba una compañía de inválidos, que les acercaba los alimentos, sin rozar a los enfermos para nada y con la orden estricta de matar al que quisiera atravesar el recinto del lazareto. Dentro de él los leprosos podían curarse, tener hijos, cultivar sus huertas; pero, incluso para enterrar a sus muertos, se tenían que arreglar con sus propios recursos.

La guardia encargada de cuidarlos, huyó, temiendo que, de un momento a otro, llegaran los armenios para pasarlos a cuchillo. Movida por la falta de alimentos, se organizó entonces la horda de faz más terrible que haya pisado la tierra, en tren de combate. Todos los que aun no se hallaban imposibilitados, formaron en las horrendas filas de ataque. Un jefe fué el elegido y avanzó sobre los campos yermos aquella visión del Apocalipsis.

Los leprosos de Bakú se dedicaron a saquear las aldeas vecinas. Nadie se atrevía a oponerles resistencia. Los habitantes huían, estremecidos, ante esa falange infernal, capaz de difundir una muerte siniestra con el solo poder de sus llagas supurantes.

Todos los que aun podían caminar, habían abandonado el lazareto. Formaban las filas del extraño ejército de pesadilla los atacados de lepra mutilante, con las narices rotas y los brazos terminados en informes muñones; los niños leprosos, con aspecto de viejos y rostros increíbles; los que padecían lepra tuberculosa, con la cabeza monstruosamente desarrollada, cubierta de manchas y tubérculos irregulares y los que se arrastraban apenas, padeciendo lo indecible para caminar, corroídos por la lepra nerviosa.

Nadie quería enfrentarse co[n] la pesadilla. Nadie quería r[o]zarse ni siquiera con el alien[to] mortífero de los component[es] del extraño ejército.

El pánico cundía en la ciudad. Cuando ya los leprosos estaban cerca de la capital y se desesperaba de detener la invasión, el gran caudillo Kaschi se aprestó a luchar contra ellos.

Pero Kaschi no podía reunir suficientes tropas, dispuestas a librar el extraño combate. El miedo a la muerte no es nada comparado al temor del contagio. El gobierno, para estimular su celo, le nombró ministro de Salud Pública.

Kaschi, por fin, consiguió reunir cien soldados y diez ametralladoras. Al frente de este reducido contingente, avanzó valerosamente hacia las afueras de la ciudad. Su acción era realmente heroica, pues, según los rumores, el ejército de leprosos estaba compuesto por diez mil enfermos, perfectamente armados.

La realidad era muy otra. Kaschi enfrentó a una no muy compacta columna provista de armas muy primitivas. Los leprosos, en cuanto vieron que les iban a presentar batalla, prefirieron evitar la lucha, enviando parlamentarios para tratar las condiciones de paz.

En cuanto éstos se despren[dieron] de la columna, Kasc[hi] ordenó hacer fuego con sus ametralladoras. En menos de un cuarto de hora no quedaba un leproso con vida.

Kaschi, para terminar del todo su obra de saneamiento, mandó incendiar las aldeas que los leprosos habían conquistado. Algunos incendios dispersos y cuerpos inmundos, tendidos sobre la arena sin fin del desi[er]to, fueron el epílogo de la [pri]mera rebelión de leprosos [que] la humanidad recuerda.

Ulyses Petit de Murat

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFA

★

El Espantoso Redentor Lázarus Morell

★

EN 1517, el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa ocurrente variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los blues de Handy, el jazz, el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental D. Pedro Figari, la buena prosa cimarrona del también oriental D. Vicente Rossi, el tamaño mitológico de Abraham Lincoln, los quinientos mil y pico de muertos de la Guerra de Secesión, los tres mil trescientos millones gastados en pensiones militares, la estatua del imaginario Falucho, la admisión del verbo linchar en la décimatercera edición del Diccionario de la Academia, el impetuoso film Aleluya, la fornida carga a la bayoneta llevada por Soler al frente de sus Pardos y Morenos en el Cerrito, la gracia de la señorita de Tal, el moreno que asesinó Martín Fierro, la rumba El Manicero, el napoleonismo arrestado y encalabozado de Toussaint Louverture, la cruz y la serpiente en Haití, la sangre de las cabras degolladas por el machete del papaloi, la habanera madre del tango, el candombe.

Además: la culpable y magnífica existencia del espantoso redentor Lazarus Morell.

El lugar

El Padre de las Aguas, el Mississippi, el río más extenso del mundo, fué el digno teatro de ese incomparable canalla. (Alvarez de Pineda lo descubrió y su primer explorador fué el capitán Hernando de Soto, antiguo conquistador del Perú, que distrajo los meses de prisión del Inca Atahualpa, enseñándole el juego del ajedrez. Murió y le dieron por sepultura sus aguas.)

El Mississippi es río de pecho ancho, como los nuestros; es un infinito y oscuro hermano del Paraná, del Uruguay, del Amazonas y del Orinoco. Es un río de aguas mulatas; más de cuatrocientos millones de toneladas de fango insultan anualmente el Golfo de Méjico, descargadas por él. Tanta basura venerable y antigua ha construído un delta, donde los cipreses gigantescos de los pantanos crecen de los despojos de un continente en perpetua disolución, y donde laberintos de barro, de pescados muertos y cañas, dilatan las fronteras y la paz de aquel fétido imperio. Más arriba, a la altura del Arkansas y del Ohío, se alargan tierras bajas también. Las habita una estirpe amarillenta de hombres escuálidos, propensos a la fiebre, que miran con avidez las piedras y el hierro, porque entre ellos no hay otra cosa que arena y leña y agua turbia.

Los hombres

A principios del siglo diecinueve (la fecha que nos interesa), las vastas plantaciones de algodón que había en las orillas eran trabajadas por negros, de sol a sol. Dormían en cabañas de madera, sobre el piso de tierra Fuera de la relación madre-hijo, los parentescos eran convencionales y turbios. Nombres tenían, pero podían prescindir de apellidos. No sabían leer. Su enternecida voz de falsete canturreaba un inglés de lentas vocales. Trabajaban en filas, encorvados bajo el rebenque del capataz. Huían, y hombres de barba entera saltaban sobre hermosos caballos y los rastreaban fuertes perros de presa.

A un sedimento de esperanzas bestias y miedos africanos habían agregado las palabras de la Escritura:. su fe por consiguiente era la de Cristo. Cantaban, hondos y en montón: Go down Moses. El Mississippi les servía de magnífica imagen del sórdido Jordán.

Los propietarios de esa tierra trabajadora y de esas negradas eran ociosos y ávidos caballeros de melena rumbosa, que habitaban en largos caserones que miraban al río — siempre con un pórtico pseudo griego de pino blanco. Un buen esclavo les costaba mil dólares y no duraba mucho. Algunos cometían la ingratitud de enfermarse y morir. Había que sacar de esos tarambanas el mayor rendimiento. Por eso los tenían en los campos desde el primer sol hasta el último; por eso no requerían de las fincas una cosecha anual de algodón o tabaco o azúcar. La tierra, fatigada y manoseada por esa cultura impaciente, quedaba en pocos años exhausta: el desierto confuso y embarrado se metía en las plantaciones. En las chacras abandonadas, en los suburbios, en los cañaverales apretados y en los lodazales abyectos, vivían los poor whites, la canalla blanca. Eran pescadores, vagos cazadores, cuatreros. De los negros solían mendigar pedazos de comida robada y mantenían en su postración un orgullo: el de la sangre sin un tizne, sin mezcla. Lazarus Morell fué uno de ellos.

El hombre

Los daguerrotipos de Morell que suelen publicar las revistas americanas, no son auténticos. Esa carencia de genuinas efigies de hombre tan memorable y famoso, no debe ser casual. Es verosímil suponer que Morell se negó a la placa bruñida; esencialmente para no dejar inútiles rastros, de paso para alimentar su misterio... Sabemos



Alvarez de Pineda lo descubrió. (Dibujo de Premiani)

sin embargo, que no fué agraciado de joven y que los ojos demasiado cercanos y los labios lineales no predisponían en su favor. Los años, luego, le confirieron esa peculiar majestad que tienen los canallas encanecidos, los criminales venturosos e impunes. Era un caballero antiguo del Sur, pese a la niñez miserable y a la vida afrentosa. No desconocía las Escrituras y predicaba con singular convicción. "Yo lo ví a Lazarus Morell en el púlpito", anota el dueño de una casa de juego en Baton Rouge, Luisiana, "y escuché sus palabras edificantes y ví lágrimas acudir a sus ojos. Yo sabía que era un adúltero, un ladrón de negros y un asesino en la faz del Señor, pero también mis ojos lloraron".

Otro buen testimonio de esas efusiones sagradas es el que proporciona el mismo orador. "Abrí al azar la Biblia, dí con un conveniente versículo de San Pablo y prediqué una hora y veinte minutos. Tampoco malgastaron ese tiempo Crenshaw y los compañeros, porque se arrearon todos los caballos del auditorio. Los vendimos en el Estado de Arkansas, salvo un colorado muy brioso que reservé para mi uso particular. A Crenshaw le agradaba también, pero yo le hice ver que no le servía".

Los caballos robados en un Estado y vendidos en otro fueron apenas una digresión en la carrera delincuente de Morell pero prefiguraron el método que ahora le asegura su buen lugar en la Historia Universal de la Infamia. Este método es único, no solamente por las circunstancias "sui géneris" que lo determinaron, sino por la abyección que requiere, por su fatal manejo de la esperanza y por el desarrollo gradual, semejante a la atroz evolución de una pesadilla. Al Capone y Bugs Moran operan con ilustres capitales y con ametralladoras serviles en una gran ciudad, pero su negocio es común. Se disputan un monopolio, eso es todo.. En cuanto a cifras de hombres, Morell llegó a comandar unos mil, todos juramentados. Doscientos integraban el Consejo Alto, y éste promulgaba las órdenes que los restantes ochocientos cumplían. El riesgo recaía en los subalternos. En caso de rebelión, eran entregados a la justicia o arrojados al río correntoso de aguas pesadas, con una segura piedra a los pies. Eran con frecuencia mulatos. Su facinerosa misión era la siguiente:

Recorrían — con algún momentáneo lujo de anillos, para inspirar respeto — las vastas plantaciones del Sur. Elegían un negro desdichado y le proponían la libertad. Le decían que huyera de su patrón, para ser vendido por ellos una segunda vez, en alguna finca distante. Le darían entonces un porcentaje del precio de su venta y lo ayudarían a otra evasión. Lo conducirían después a un Estado libre. Dinero y libertad, dólares resonantes de plata con libertad ¿qué mejor tentación iban a ofrecerle? El esclavo se atrevía a su primera fuga.

El natural camino era el río. Una canoa, la cala de un vapor, un lanchón, una gran balsa como un cielo con una casilla en la punta o con elevadas carpas de lona; el lugar no importaba, sino el saberse en movimiento, y seguro sobre el infatigable río... Lo vendían en otra plantación. Huía otra vez a los cañaverales o a las barrancas. Entonces los terribles bienhechores (de quienes empezaba ya a desconfiar) aducían gastos oscuros y declaraban que tenían que venderlo una última vez. A su regreso le darían el porcentaje de las dos ventas y la libertad. El hombre se dejaba vender, trabajaba un tiempo y desafiaba en la última fuga el riesgo de los perros de presa y de los azotes. Regresaba con sangre, con sudor, con desesperación y con sueño.

La libertad fina

Falta considerar el aspecto jurídico de e
no era puesto a la venta por los sicarios de M
ño primitivo no hubiera denunciado su fuga
pensa a quien lo encontrara. Cualquiera entonc
suerte que su venta ulterior era un abuso de
Recurrir a la justicia civil era un gasto inútil
eran nunca pagados.

Todo eso era lo más tranquilizador, pero
negro podía hablar; el negro, de puro agradecido o
de hablar. Unos jarros de whisky de centeno en el p
Cairo, Illinois, donde el hijo de perra nacido esclavo iría
esos pesos fuertes que ellos no tenían por qué darle, y s
maba el secreto. En esos años, un Partido Abolicionista a
Norte, una turba de locos peligrosos que negaban la propie
dicaban la liberación de los negros y los incitaban a huír.
iba a dejarse confundir con esos anarquistas. No era un
un hombre blanco del Sur, hijo y nieto de blancos, y es
rarse de los negocios y ser un caballero y tener sus legua
nal y sus inclinadas filas de esclavos. Con su experienc
para riesgos inútiles.

El prófugo esperaba la libertad. Entonces los mula
de Lazarus Morell se trasmitían una orden que podía no
seña y lo libraban de la vista, del oído, del tacto, del d
mia, del tiempo, de los bienhechores, de la misericord
los perros, del universo, de la esperanza, del sudor y d
balazo, una puñalada baja o un golpe, y las tortuga
del Mississippi recibían la última información.

La catástrofe

Servido por hombres de confianza, el negocio
rar. A principios de 1834, unos setenta negros habí
pados" ya por Morell, y otros se disponían a seguir
res dichosos. La zona de operaciones era mayor y era
mitir nuevos afiliados. Entre los que prestaron el jura
muchacho, Stewart, de Arkansas, que se destacó muy
crueldad. Este muchacho era sobrino de un caballero
dido muchos esclavos. En agosto de 1834, rompió su j
lató a Morell y a los otros. La casa de Morell en Nu
cercada por la justicia. Morell, por una imprevisión o un
escapar.

Tres días pasaron. Morell estuvo escondido ese
casa antigua, de patios con enredaderas y estatuas, c
louse. Parece que se alimentaba muy poco y que soli
calzo y tranquilo las grandes habitaciones oscuras, fu
vos cigarros. Por un esclavo de la casa remitió dos car
de Natchez y otra a Red River. El cuarto día entraron
hombres y se quedaron discutiendo con él hasta el
quinto, Morell se levantó cuando oscurecía y pidió
rasuró cuidadosamente la barba. Se vistió y salió. A
serenidad los suburbios del Norte. Ya en pleno ca
tierras bajas del Mississippi, caminó más ligero.

Su plan era de un coraje borracho. Era el de
timos hombres que todavía le debían reverencia:
gros del Sur. Estos habían visto huír a sus comp
bían visto volver. Creían, por consiguiente, en su
Morell era una sublevación total de los negros, l
de Nueva Orleans y la ocupación de su territori
y casi deshecho por la traición, meditaba una r
una respuesta donde lo criminal se exaltaba has
historia. Se dirigió con ese fin a Natchez, donc
su fuerza. Copio su narración de ese viaje:

"Caminé cuatro días, antes de conseguir un c
alto en un riachuelo para abastecerme de agua
sentado en un leño, mirando el camino andado c
acercarse un jinete en un caballo oscuro de buen
to lo avisté, determiné quitarle el caballo. Me par
hermosa pistola de rotación y le dí la orden de ap
tomé en la zurda las riendas y le mostré el riachue
fuera caminando delante. Caminó unas doscientas v
Manié el caballo y al hombre le ordené que se desnu
"Ya que está resuelto a matarme, déjeme rezar antes
respondí que no tenía tiempo de oír sus oraciones. C
y le descerrajé un balazo en la nuca. Le abrí de un tajo
arranqué las vísceras y lo hundí en el riachuelo. Luego
bolsillos y encontré cuatrocientos dólares con treinta y
vos y una cantidad de papeles que no me demoré en revisar
eran nuevas, flamantes, y me quedaban bien. Las mías, q
muy gastadas, las hundí en el riachuelo.

Así obtuve el caballo que precisaba, para entrar en N

La interrupción

Morell capitaneando puebladas negras que soñaban
Morell ahorcado por ejércitos negros que soñaba capitanear
duele confesar que la historia del Mississippi no pudo aprovechar esas oportunidades suntuosas. Contrariamente a toda justicia poética (o simetría poética) tampoco el río de sus crímenes fué su tumba. El dos de enero de 1835, Lazarus Morell falleció de una congestión pulmonar en el hospital de Natchez, donde se había hecho internar bajo el nombre de Silas Buckley. Un compañero de la sala común lo reconoció. El mismo dos y el cuatro, quisieron sublevarse los esclavos de ciertas plantaciones, pero los reprimieron sin mayor efusión de sangre.

JORGE LUIS BORGES



Y tener inclinadas filas de esclavos

El Homicidio, por Erik Wickenburg

COMO venido de muy lejos, del infinito, el cerco se acercaba a la casa; en sus matorrales de haya recortada, el follaje era tan tupido, que desde la calle contigua no se podía percibir, del interior del jardín, ni el espesor de un dedo. El cerco terminaba en el ángulo de la casita; en el momento de tocar el muro se encorvaba un poco, dejando sitio, en su seno, a un manzano.

Detrás del cerco y debajo del árbol, estaba la ventana de Coriolán. Por la noche, desde su piecita, oía caer las manzanas, en gotas pesadas. Pero cuando buscaba, a la madrugada, la fruta que debía rodar por el césped, ni una sola brizna de hierba estaba curvada, en el suelo; y las manzanas habían desaparecido.

Coriolán tenía un perro; regularmente, al regreso de sus excursiones por la vecindad, iba a rascar en la puerta y le abrían más pronto que a cualquiera. Coriolán respetaba la inteligencia del animal y se esforzaba en testimoniarle mucha delicadeza.

Al declinar la tarde, como su amo estaba abismado en sus libros, el perro golpeó suavemente contra la puerta. Furibundo, el animal se precipitó hacia la ventana, para descubrir con sus aullidos a unos chiquilines que, en puntas de pie, daban vueltas alrededor del árbol frutal.

—¿Qué están haciendo ahí? — preguntó Coriolán con tono severo, aunque sabía muy bien lo que hacían allí.

Dos niños se escaparon saltando la larga valla, y, una vez seguros, se burlaron de su interlocutor. El tercero, un muchachito rubio con cara de ratero, que le daba un aspecto viejo como de liliputiense, se quedó, se dió vuelta y, con toda tranquilidad, dijo:

—Recogemos manzanas.

—¿Quién les ha dado permiso? — interrogó Coriolán, preguntándose si, en el fondo, sus sirvientes, buenos campesinos, no habrían dado autorización a los niños.

El chiquilín no respondió, y la totalidad de las preguntas fué liquidada con un silencio.

Coriolán expulsó al niño con energía aparente; sin embargo, toda esta escena le parecía conocerla, haberla ya vivido. Sus manos se acordaron de los mismos gestos autoritarios que habían hecho en otros tiempos, cuando todavía no era más que una criatura. Fué igualmente temblorosa, ambigua, y aparentemente severa, la misma pregunta formulada en otra época, en ese mismo jardín, por sus labios de niño. Sus dedos se acordaron de la pequeña honda de goma, que le servía, cuando muchacho, de arma, contra los malos enemigos; con el olor húmedo del aire de la tarde y de las castañas amarillentas, una felicidad indecible se apoderaba de él. Quería tener, era preciso que tuviese una honda, para enseñar a los muchachos malvados a no robar, gracias a los excelentes proyectiles que son las castañas. Como obligado, tomó su capa, se fué a un bazar, eligió una honda feroz y, con una habilidad progresiva, se ejercitó en tirar.

Sintió enormemente, en toda la mañana del día siguiente, la ausencia de los ladrones; igual que el cazador en acecho que ve llegar su pieza, así él se alegró al sentir que volvían, a la caída de la noche. Permaneció inmóvil, colocó sin hacer el menor ruido, porque eran las más eficaces, las castañas más chicas, en la honda, y apuntó. Fué una sola pieza la que vió esta vez, con las piernas claras en la penumbra y la cabeza luminosa como de sol. Apuntó exactamente a la oreja del niño, pues era allí, él lo sabía perfectamente, donde los golpes dolían más; le pareció casi sentir en su propia oreja la quemadura de un golpe recibido de chico. Inconsciente de la inhumanidad que estaba a punto de acometer, estiró su honda... El golpe dió en el blanco. Pero sus efectos sobrepasaron la esperanza. El niño no lanzó el menor grito de dolor; pero, pesadamente, como una bolsa, cayó a tierra, extendiendo los brazos sin fuerza, los ojos fijos. Fué como una céntuple caída de manzanas el hundimiento de aquel cuerpo humano, un trueno sordo que conmovió el mundo y que, si no fué oído por la humanidad entera, lo fué seguramente por Dios, allá arriba.

Sin movimiento, Coriolán estaba en su ventana, como herido él mismo por el rayo; clavado en el sitio, no se atrevía a respirar, y no pensaba en acudir en socorro de un ser involuntariamente abatido. Al final de un largo momento, que no había durado más que algunos minutos, se enderezó, miró hacia el jardín — el cuerpo estaba siempre allí, inmóvil — se aseguró de que nadie pudo verlo desde la calle, tomó rápidamente su sombrero y quiso dar la vuelta a la casa, para correr al lado de su víctima.

Pero en la puerta del establo encontró a la hija del quintero, que le gustaba bromear. No tuvo, pues, más remedio que dar la impresión de una alegría sin mezcla, para no despertar sospechas. La desgracia quiso que una campesina se acercara. Las dos mujeres entablaron una larga charla, y le fué imposible dar vuelta a la casa. Se esforzó en saber si ese día no precisaban frutas, si no iban a preparar, por casualidad, algún pastel de manzanas, y, después de acariciar el lomo de la vaca, volvió a su pieza.

Bajo el árbol, el suelo estaba siempre cubierto por un fruto mal madurado, caído demasiado pronto. Ya Coriolán sentía que el cadáver se acercaba a él en silencio; ya oía el diálogo que iban a tener. Como un loco, corrió desde su habitación hasta la posada, donde todos los días se reunía con varios hombres buenos. Hoy, una solemnidad particular los reunía; un tratante de ganado, un fanfarrón, estaba en tren de proclamar oficialmente que se celebraba el aniversario de la patrona. Coriolán, agradecido, bebió a su salud, y su corazón doloroso le decía que, pocos instantes antes, contaba entre aquellos hombres honestos, pero que acababa de separarse de ellos. Tuvo la sensación de haber sido mutilado por alguna sentencia; cuando le hablaron de los acontecimientos de la semana próxima, él sonrió amargament- Como si fu morir siguiente mañana, vió allí, delante de él, con amor con dolor, toda la vanidad del mundo. Una voz muda le llamaba hacia casa, y no tenía más remedio que regresar a ella, para velar aquel fruto monstruoso.

Cuando se deslizaba hacia su morada, la luna, llena y lejana y alta en el cielo, parecía ahogada en una rara obscuridad. Su luz hablaba al asesino, quien había reverenciado en ella a la colaboradora, a la amiga de su existencia. De ordinario, le gustaba, por la noche, exponerse a los rayos reflejados por el astro, cuya noble plata achica las siluetas de los hombres y las cosas, agrandados por el oro pesado del sol. La luna pesaba sobre las hierbas como mercurio, su rostro llevaba la máscara de otro mundo, su hálito fresco hacía brillar los pensamientos. Temblando bajo el consuelo lunar, Coriolán dió vuelta al ángulo de su casa, dirigiéndose justamente hacia el sitio que era el de su crimen. El gran miedo que lo oprimía, fué más fuerte que el miedo a los aparecidos; se dijo que todo iba a decidirse ahora o nunca, bajo la mirada de su amiga supraterrestre. Jugó sin convicción con la idea de un entierro misterioso en el bosque; pero el pensamiento de confesarlo todo, de constituirse prisionero, no se le ocurrió. No quería otra cosa más que ocultar, disimular, borrar. Mas le pareció que la luna lo contemplaba con bondad; ella, que en general lanzaba sobre la tierra una mirada tan severa y tan fría. Fué como si, con una dulce insistencia, la luna le indicase el lugar, bajo el árbol. Y Coriolán no creyó en sus propios ojos al encontrar el sitio completamente intacto, vacío, sin que una brizna de hierba se hubiera curvado. Creyó que la luna lo había embrujado; fué a buscar a casa su linterna de bolsillo, y mientras la buscaba, en lo oscuro, oyó afuera el ruído de una caída sorda. Pero cuando salió, espantado, titubeando, vió sencillamente, y acaso por primera vez, que una manzana yacía en la hierba húmeda. Sus contornos brillaban igual que mejillas humanas bajo escarcha. Su contacto frío aba el jabó

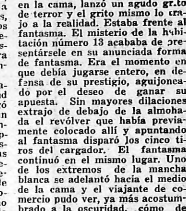


...O m

[D]egollador de Fantasmas

por

Ricardo M. Setaro



pres-
las
. Un
llegar
n co-
, ser-
le un
iendo
io, un
del
e per-
Grand
e Mendoza
nte mismo a la
n Martín, en el
rico de la ciudad,
panorama edilicio
por los nativos y
e elogiado por los
l tiempo el Grand
r el más impor-
a ciudad, llegó
más un hotel —
desalquilada —
siendo para
Hotel, el más
oteles de Men-
ctamente ne-
stigio de un
de tal que
erio, una le-
aga, a tra-
relatos de
ordar a los
grandezas y
sucesos que
jos clientes?
e Mendoza te-
ictamente ne-
bía en su lar-
tradición de
misterio de la
8.
misterio que
itación de un
nder a la ha-
3.
el de Mendoza
eso otra de las
me prestigio
itación del
marco de
pa esmal-
pero los
nte infor-
abitación
que se le
a número
el 13 co-

rresponde a las habitaciones donde radica el misterio de los hoteles, que no podrán nunca llegar a ser verdaderamente misteriosas si sobre ellas la numeración hace [...] el número 8. De modo que [...]ro, consciente de su con[...] propietario de un gran [...]ucho prestigio, había [...] aunar sus intereses [...]s de sacar el máxi[...]ancia posible de su ho[...] los intereses de su clien[...]es, que al mismo tiempo que exigen la existencia de una leyenda de misterio en las habitaciones que llevan el número 13 se niegan obstinadamente a habitar en ellas. La habitación número 8, que era la poseedora del misterio, venía así al mismo tiempo a cumplir dos funciones: la de ser hospedadora de lo misterioso y la de tener numerada su puerta con el número 13.

El misterio de la habitación [nú]mero 8, que llevaba en la nu[me]ración de las habitaciones del [Gr]and Hotel de Mendoza el nú[me]ro 13, era por cierto el más [dist]inguido de los misterios: el [mist]erio de los fantasmas. Un [fan]tasma aparecía todas las no[che]s en tal habitación. Un fantas[ma] puntual e inofensivo, pero do[ta]do de la cualidad de los bue[no]s fantasmas, cual es la de in[te]rrumpir e impedir la continua[ció]n del sueño de los huéspedes [de] la habitación. Por ese motivo [no] sólo nadie hacía uso de tal ha[bit]ación, sino que el diligente ho[tel]ero se negaba rotund[...] [en]tregar a sus hué[...] de la misma, [...] [co]nstantemente [guar]dando el misterio del fantasma puntual de medianoche. No obstante, el hotelero, fiel a la tradición que hacía norma en su casa, se sentía obligado a explicar a cada uno de sus nuevos clientes, cuáles eran los motivos por los cuales la habitación número 8 llevaba el número 13 y por qué esta habitación numerada 13 no era nunca ofrecida a los buenos clientes del hotel.

Coincidiendo con todas las características clásicas del Grand Hotel de Mendoza, un día llegó a él un viajante de comercio, un clásico viajante de comercio, conversador, ocurrente, audaz, escéptico, quien, como era lógico esperarse, una vez enterado de las razones por las cuales permanecía cerrada la habitación que llevaba el número 13, se obstinó de tal forma, hizo tal género de protestas y reclamaciones, que no hubo otra solución que alojarlo en ella.

Ello iba a decidir indiscutiblemente la suerte del hotel o la suerte del viajante de comercio. Si el viajante de comercio lograba dormir allí toda la noche, el hotel perdería su prestigio de misterio. Si el misterio del fantasma vencía al viajante de comercio, sería éste quien perdería su prestigio de escéptico, de audaz, de ocurrente, de conversador y hasta de viajante de comercio.

Lo cierto es que el viajante de comercio se instaló en la habitación número 13, leyó sus acostumbrados contratos de venta y poco después de las 11 de la noche se durmió profundamente.

★

Mendoza es una ciudad tranquila. Las actividades comerciales terminan a la hora habitual de todas las ciudades comerciales e inmediatamente se apodera de ella la calma. Si es durante la estación estival — como conviene a nuestro relato — por las calles se ve solamente a algunos vehículos, lentos, tranquilos, que transportan a sus dueños en procura de aire fresco en las inmediaciones de la Alameda o en los paseos del Parque General San Martín. Ocurre también que algunas personas se sientan a las mesas de las veredas en las puertas de las confiterías y otras busquen un calor menos intenso refugiándose bajo los plátanos de las plazas. Precisamente, la gente que esa noche, cuando el reloj de la iglesia de San Francisco daba las 12 campanadas, estaba ubicada en los bancos de la Plaza San Martín, bajo los plátanos, fué la que pudo oír un grito agudo y prolongado y advertir luego un movimiento inusitado en las habitualmente tranquilas dependencias del Grand Hotel. Un segundo después quebraban la atmósfera los estampidos de cinco tiros de revólver y volvía, casi al mismo tiempo, a oírse el prolongado y agudo grito de antes.

Los diarios del día siguiente informaron sobre lo que había ocurrido. El viajante de comercio, llegada la media noche, sin saber cómo, se había despertado en el preciso momento en que el reloj de la iglesia de San Francisco empezaba a dar las 12 campanadas. Comprendió de inmediato que algo extraño ocurría en la habitación. Una sombra imprecisa empezó a moverse a los pies de la cama, la cual poco a poco, dentro de las dificultades inherentes a la oscuridad, pudo ir preci[sa]ndo hasta fijarla como si fuera [...] agitada sin ningún [...] espacio. El viajante de comercio, ya semiincorporado en la cama, lanzó un agudo grito de terror y el grito mismo lo trajo a la realidad. Estaba frente al fantasma. El misterio de la habitación número 13 acababa de presentársele en su anunciada forma de fantasma. Era el momento en que debía jugarse entero, en defensa de su prestigio, aguijoneado por el deseo de ganar su apuesta. Sin mayores dilaciones extrajo de debajo de la almohada el revólver que había previamente colocado allí y apuntando al fantasma disparó los cinco tiros del cargador. El fantasma continuó en el mismo lugar. Uno de los extremos de la mancha blanca se adelantó hacia el medio de la cama y el viajante de comercio pudo ver, ya más acostumbrado a la oscuridad, cómo de ese extremo de la mancha blanca que formaba el fantasma a los pies de la cama saltaban sobre las sábanas los cinco plomos de las balas que momentos antes había disparado. Dió un nuevo grito, más agudo, más terrorífico que el anterior y se desvaneció.

Cuando el viajante de comercio volvió en sí, había numerosas personas a su alrededor, entre ellas algunos empleados uniformados de la policía. Su desmayo se había prolongado tan sólo por espacio de unos minutos, tiempo en el cual había sido violada la cerradura de la habitación, que él, luego de entrar en ella había cerrado con llave. El resto estaba intacto. Sobre la cama los cinco plomos. En el revólver, también sobre la cama, las cinco cápsulas usadas. En las paredes y en el techo no había ningún rastro de perforaciones producidas por las balas.

Había otra puerta en la habitación, que comunicaba con las dependencias del servicio, pero estaba cerrada desde hacía muchos años y lo continuaba aún. El misterio del fantasma continuaba velando por el prestigio del Grand Hotel de Mendoza y agregaba a él una nueva cualidad sobrenatural: el fantasma devolvía a quien lo atacara a balazos, los plomos de las balas que le disparaban.

Cuando un viajante de comercio ha fracasado en un propósito impuesto como consecuencia de una apuesta, puede darse por seguro que nadie logrará ganar esa apuesta, salvo que intervenga en ella un anciano y robusto coronel de artillería, retirado.

Al Grand Hotel de Mendoza llegó en esos días el anciano y robusto coronel de artillería, retirado, que hacía falta. Iba a la provincia andina en procura de un clima mejor para su asma, un asma tan persistente y ruidoso como corresponde a todo buen coronel de artillería, retirado.

El coronel de artillería depositó sus pesadas valijas en el hall del hotel — que las había bajado él mismo, según su vieja costumbre, del vehículo que lo había traído — y exigió de inmediato, con energía militar, la presencia de la más alta autoridad del hotel.

La única habitación disponible en todas las dependencias del Grand Hotel de Mendoza, a la hora de la llegada del coronel de artillería, era la habitación número 13. El propietario del hotel explicó de inmediato el misterio que rodeaba a la habitación número 13, y la imposibilidad en que se encontraba de darle alojamiento, como no fuera precisamente en la susodicha habitación número 13, lo que era también imposible por muy lógicas razones de consideración para con su distinguida clientela.

Difícilmente nunca podrá llegar nadie a saber qué es lo que hay dentro de la cabeza de un coronel de artillería retirado. Si así se lograra, posible sería comprender por qué el nuevo huésped del Grand Hotel de Mendoza, sin oír más, tomó sus valijas, se encaminó hacia el interior del hotel y no se detuvo hasta hacerlo frente a la puerta de la habitación que llevaba el número 13.

Demás está decir que el coronel de artillería retirado se alojó en la habitación número 13.

Oigamos su relato de lo que ocurrió esa noche:

—Me retiré a mi habitación — decía al día siguiente el coronel de artillería — poco después de las 11 horas. Me desvestí, me puse un pijama, coloqué sobre la mesa de luz mi revólver calibre 38 y saqué de una de mis valijas el sable reglamentario, que nunca abandono, poniéndolo junto a la cama. Poco después dormía profundamente.

No pude precisar el tiempo que había dormido, cuando de pronto sentí como si hubiera sido despertado. Atribuí en el primer momento dicha sensación a la excitación nerviosa provocada por el largo viaje en tren y posiblemente en parte al relato de los misterios que me había hecho el hotelero. Lo cierto es que antes que pudiera hilar debidamente mis pensamientos noté, a los pies de la cama, como me habían anunciado que ocurría, la presencia de una sombra extraña, la cual se iba aclarando a medida que acostumbraba mi vista a la oscuridad relativa de la habitación. Sin titubear me apoderé de mi revólver y teniendo cuidado de hacer puntería, descargué los seis tiros. El fantasma no se inmutó. Permaneció inmóvil unos segunos y — ante mi asombro cada vez mayor — extendió un extremo de su cuerpo informe hacia el medio de la cama, dejando caer uno tras otro, los seis plomos de las balas que yo había disparado.

En ese momento hubiera dado lo más precioso de mi vida por no encontrarme allí. Sentí que todas mis convicciones positivistas se desmoronaban como una torre de arena y estaba a punto de gritar, pidiendo auxilio, cuando se apoderó de mí una duda. Una idea cruzó mi cerebro como cruza la oscuridad de la noche un reflector buscando al avión enemigo y dando un salto fuera de la cama tomé mi sable y grité: "El acero no me lo vas a devolver, granuja!". Lo demás ya lo saben ustedes. El fantasma salió corriendo en dirección a la puerta que comunica con las dependencias del servicio. La sábana cayó y cuando la puerta se hubo abierto, dejando entrar la luz de la habitación contigua, divisé claramente la figura del mozo lavaplatos que huía desesperado. De modo que ya saben, amigos: contra un buen acero, no hay fantasma que valga!

★

El mozo lavaplatos, que exteriorizaba sus convicciones humorísticas haciendo de fantasma de la habitación 8, que llevaba en el Grand Hotel de Mendoza el número 13, había fabricado, para su uso particular de fantasma medianochesco, una doble llave para la cerradura de la puerta que conducía a las habitaciones del servicio. Cuando algún cliente se alojaba allí, antes de que el cliente se retirara a dormir, abría sus valijas, tomaba su revólver, sacaba los plomos de las balas y luego lo colocaba en su lugar. Quedaba así explicada la parte sobrenatural del misterio de la habitación número 13 del Grand Hotel de Mendoza, sobre cuya solución hacen recaer algunos el origen de la decadencia y finalmente clausura del más prestigioso hotel de la ciudad.

APIANO



Museo de la Confusión

por

Anímula Vágula

Nuestro venerado colega, el "Times" semanal, dice en su número del 15 de junio:

Los franceses son afamados por su galantería; el árbol para ellos es femenino, etcétera, etcétera.

Una suntuosa trinidad de errores se ha congregado ahí. Primero, la galantería más auténtica no reside en flirtear con un eucalipto o en invitar a una confitería a un ciprés o en adquirir zapatos de lamé para el palo borracho; segundo, el género gramatical notoriamente carece de "sex-appeal" y muy pocos varones se enternecen ante "una" draga; tercero — ¡oh leves riesgos de entender el francés y no olvidar el latín! — "arbre" es masculino en francés.

En el romano y argentino "Crisol" del día 24 de junio, un corresponsal Juancho Robles ha cometido la distracción de enunciar una teoría nueva del coraje. Esa incendiaria contribución a la ética merece irrefutablemente algo más que el silencio envidioso y neotomista de sus colegas. Escribe así el valioso y joven uriburado:

...uno de los valientes de la causa católica, que se oculta bajo el seudónimo de Oscar Charpentier, publicará allá en Buenos Aires, etcétera.

Nuestros lectores habrán advertido el relámpago. Si se propaga esa teoría, pronto leeremos: La tarde que debían dirimir el campeonato mundial los dos hombres montañas del pugilismo llevaron el arrojo hasta el punto de disfrazarse levemente de chocolatineros y de expender refrescos al público. O si no: Hace unas noches, una gallina indocumentada y guaranga quiso agredir a picotazos a Cipriano Rebenque, acreditado guapo de Ciudadela. Vano empeño; el héroe se ocultó en un seudónimo.

Parece que una determinada página de uno de los 1628 tomos de la enciclopedia china ilustrada "Tu Shu Chi Cheng" (también llamada "Emporio Celestial de Conocimientos Benévolos), propone esta severa clasificación, que trasladamos sin el menor comentario:

Los animales se dividen en amaestrados, erizos, bueyes, aves de corral, gallinas, larvas, dromedarios, lechones, sirenas y perros sueltos.

En aquel noveno capítulo del "Criticón" que se intitula "Moral Anatomía del Hombre", razona Baltasar Gracián que "nuestro oír ha de ser el doble que nuestro hablar", porque nuestras orejas son dos y nuestra lengua es una. Venero esa genial proporción y me propongo en adelante comer la mitad de lo que oigo y tocar todo lo que miro y oler una treintidosava parte de lo que masco y comer la mitad de lo que piso, y caminar el doble de lo que como.



En la página 39 del reciente libro "Trovas de la cachimba", el aproximativo escritor Estavillo (Julio) se pone a tutear a un yesquero y aun a decirle, para congraciarse con él:

Tú sabes de memoria las vidalitas
y los estilos cantados en los ranchos.

Se trata de una baja adulación, porque los procedimientos mnemotécnicos del yesquero no han sido aprobados por nadie y porque los conciertos y audiciones de los yesqueros nunca satisfacen realmente al público.



Diversos hijos predilectos del fárrago y comensales de la confusión y "habitués" de la niebla, deslíen a su modo los títulos de los films norteamericanos, de acuerdo con las manes horrorosas del todavía insuficientemente extinto Rubén. Son personas que ignoran la precisión y saben la cursilería. He aquí unas pruebas de su infatigable y metódica vaguedad:

Título en Hollywood	Título en Bs. Aires
El hombre que maté	Remordimiento
Dólar de plata	Ostentación
El ángel averiado	El ángel de la noche
Calle Cortada	Maridos imprudentes
Vaya al Oeste	El conquistador del Oeste
La imperfecta dama	La pecadora
La ciudad salvaje	La ciudad del m l
Deshonrada	Fatalidad
Los tres no santos	La bruja
¿A cuánto la gloria?	El precio de la gloria
El dedo señala	El dedo acusador
El té amargo del general Yen	La amargura del general Yen

No nos abochornemos demasiado; el poderoso film de Von Sternberg "Los docks de Nueva York", padeció en París de Francia bajo el poder de un evidente acólito de Víctor Hugo, que le infirió este nombre: "Los condenados del Océano".



Dibujos de Rodríguez

Los Grandes Directores:

Ernst Lubitsch

EL público innumerable de los cinematógrafos dice: "Una cinta de Greta Garbo, de Janet Gaynor"; y vigila con ansiedad el último chisme que con fines exclusivos de publicidad reparten desde Hollywood los profesionales lamentables del "Inter Nos", de las "Instantáneas de la pantalla" y del "No lo repita". Público esencialmente femenino que palidece ante el presunto hijo ya púber de Clark Gable, escruta las cejas, escándalos y pantalones de Marlene, y pesquisa por dónde se perdió la penúltima sonrisa, ¡oh Maurice!, de tu boca batracia. Mientras tanto, los autores primeros y verdaderos de esas obras, del escenario, esa potencia oscura y sucesiva, del diálogo ya perfecto que hay que reproducir solamente, la guía y orden de esas servidumbres de transición, los directores en fin, permanecen en la sombra; y no trasciende de ellos más que tal o cual barata tragedia pasional y judicial.

Sé que hay el error opuesto: el que desprecia enteramente la labor considerable de actores y actrices; y olvida que éstos, salvo en las veinte o treinta cintas buenas que conoce hasta ahora el mundo, son efectivamente, aunque con infinitamente menos problemas y menos dignidad, muy superiores al texto interpretado: esto reza sobre todo para el cinematógrafo yanqui, en que el fácil, exacto y variado realismo del actor "standard" completa con felicidad la personalidad sutilísima y poderosa de un Lionel Barrymore, de una Helen Hayes, de un Charles Laughton o de una Silvia Sydney. Pero este error sólo lo cometen intensivamente los intelectuales o seudo intelectuales del cinematógrafo: gente sin importancia, que no gusta del cine ni va a él, sino que lee a Gómez de la Serna para opinar del Ratón Mickey, agradece que la trama de una cinta sea enteramente disparatada o nula, y se enfurece ante la "mutilación" de tal o cual film europeo que, cortado y todo, dura tres horas insoportables.

A tí, sólo, lector, que ves todo, lo bueno y lo malo, que interrogas en los diarios cuándo va a mudar de sala y bajar de precio para no perder sus primeras escenas — siempre buenas—; a tí para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

Y te estoy hablando de Ernest Lubitsch. Del más grande director que haya habido.

Es, ante todo, el más variado. Mientras otros talentos notorios —Sternberg, Borzage— sólo tratan temas semejantes o equivalentes, y disponen de contadísimos recursos, Lubitsch ha abordado, y con éxito y diversidad notable, géneros múltiples. El drama histórico — con que empezó casi instantáneamente el cinematógrafo — languidecía en forma lamentable, sin haber dado nunca una cinta digna de recuerdo. Alta Traición fué la brusca, primera y hasta ahora única obra maestra del género. Véase cuánta delicadeza en ella. En drama tan violento y atroz, Lubitsch ha querido justificar a todos sus personajes: no hay ninguno indigno ni vil. Al traidor lo salva su patrimonio: nosotros sabemos que él sufre al sacrificar tan duramente la amistad y el amor. Además, es rebelde, no asesino. Mientras el tirano lanza aquel inolvidable grito de espanto de ¡Pahlen, Pahlen!, va éste subiendo, lento, la escalera del palacio: llegará cuando el puñal miserable ya haya cumplido su obra necesaria. Pero sobre todo es admirable el personaje del zar. De un Jannings pobrísimo, incapaz de inspirar otro sentimiento que la compasión, reducido en diez obras —hasta por Murnau, Fleming, Sternberg — a un esquema lamentable de "antes" y "después", de ingenua felicidad primero y luego de decadencia, miseria y desesperación, compuso Lubitsch esa compleja personalidad de zar maniático, supersticioso, imbécil, cruel, pueril, grosero, pero siempre y desde el comienzo — esto es lo admirable — profundamente humano y simpático. El episodio del vaso de agua está en todas las memorias; no menos, las escenas finales, tan cinematográficas, en que de cada puerta abierta para la huida brota una muchedumbre de conjurados, y en que el Rey, acosado sin salvación, hallando en el último minuto una valentía y una dignidad de que siempre careció(sube a su trono para morir.



Ernst Lubitsch, por Güida

Un drama también, pero moderno, y no menos magníficamente tratado, es El hombre que yo maté (Remordimiento). El tema era peligroso; su mismo éxito también, pues no deja de poderse tomar como un fuerte argumento contra el cinematógrafo que una de sus obras maestras se haya sacado de una pieza de Maurice Rostand; veo en esto una coquetería de Lubitsch, que las prodiga. No creo tampoco que los altos momentos de Remordimiento sean los fundamentales ni los últimos, en que el patetismo convencional impuesto por la situación arbitraria no deja libertad a la invención sutil y realmente conmovedora; sí ese comienzo, de una ironía durísima; sí la vecina escena de la confesión; sí la sátira, en ese café de aldea alemana, de latinistas medios litros, de ceremoniosas pedanterías, de conciencias turbias y sentenciosas.

Porque el satírico nunca pierde sus derechos en Lubitsch, y satíricas son sus mejores obras, desde El Abanico de Lady Windermere y El Paraíso Prohibido, glorias del cinematógrafo mudo, hasta sus producciones más recientes: sátira que como se sabe, apunta con preferencia al mundo elegante y desocupado; sátira de la cual no nos extrañaremos si busca a menudo el camino de la opereta. Género convencional entre todos y de difícil aceptación en sí, pero que Lubitsch consigue justificar con aciertos tan manifiestos como ese Desfile del Amor, en que sobre el endeblísimo tema del Prince Consort, comedia bulevardera de hace veinte años. Lubitsch multiplica las variaciones de su caprichosa ironía ;o más característicamente aún con Montecarlo, en que librados de la presencia tan profesionalmente, tan molestamente simpática de Chevalier, asistimos a la efectiva creación de un género nuevo, el de la opereta cinematográfica. La nulidad de la intriga ayuda aquí en vez de estorbar.

De las convenciones nuevas y antiguas de la opereta prescinde sin embargo, y no hay duda que felizmente, la obra más perfecta de Lubitsch, Disgusto en el Paraíso (Un ladrón en la alcoba). Nada más sutilmente desenfadado, mejor y más vivazmente construido ha conocido el cinematógrafo: nada de un realismo de observación más justo, ni más justamente estilizado; nada que iguale el brillo de ese diálogo tan bien escrito, pero en que no se siente el autor. Y a las fáciles aventuras increíbles de este nuevo Raffles se sobrepone aquí una habilísima sátira de las corrientes convenciones cinematográficas. Ningún duelo más divertido. A cada instante amenaza Lubitsch caer en el peor de los lugares comunes: pero sólo amenaza. Al final parece que la ironía está a punto de ceder su sitio al sentimentalismo; el argumento va orillando la regeneración del malvado por el milagro del amor. Nada de eso: el ladrón galante, entre su salvación y la de Lutbitsch, elige la de Lubitsch. No amará a la heroína; preferirá robarle cien mil francos. En otro lugar, está cenando el protagonista con una dama: va a la puerta, cierra y se guarda la llave, con segura lentitud de villano; vuelto a su comensal, la toma en sus brazos... y la sacude hasta hacerle caer del corpiño una cartera que le robó. ¡Y cuánta buena sorpresa, cuánta buena ironía legítimamente cinematográfica, desde el tenor-basurero de Venecia hasta la irrupción del ácrata endeble y tronador! ¡Qué desengañada felicidad inteligente respira toda la obra, qué cuidadosa premeditación, qué desprecio de los prejuicios esenciales u ocultos, qué precisión juguetona! Y sobre todo esto, un suficiente disimulo de la personalidad avasalladora — riqueza que hay que aprovechar, no que exhibir; la delicadeza notoria (tan ajena a la Venus Rubia o a Fatalidad, por ejemplo, cuya única ocupación es inferirnos a brazo partido todos los tics, motivos y símbolos de un Sternberg abrumador) de abstenerse de toda profesión de fe, de toda teoría, de toda política; el cuidado de la fotografía significativa, pero no pedante...

Somos una época dichosa. Vigilamos, con la experiencia del destino de muchas artes, los primeros pasos de una enteramente nueva, de cuyo porvenir nada podemos vaticinar, sino una probable grandiosidad. Si estos primeros pasos, gracias a talentos como el de Lubitsch, asumen ya una manifiesta, duradera firmeza, ¿qué esperanza es imposible?

Néstor Ibarra

JOSE DE SAN MARTIN EN CA

por

José de España

★

Dibujos de Rechain

"BATASE, ríndase e incéndiese la escuadra francesa en represalia de nuestros hermanos asesinados por orden de Murat en la Corte". Este es el grito de la muchedumbre de Cádiz, que los papeles públicos del 28 de mayo de 1808 hacen circular por toda la población. Las consecuencias de los acontecimientos del 2, en Madrid; la respuesta que toda España da al emocionante llamado del alcalde Mostoles: "La Patria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa: Españoles, acudid a salvarla!". Preparan para San Martín que ya ha visto morir a dos de sus mejores amigos, Ricardos y Daoiz, otro día de duelo.

El pueblo de Cádiz se ha lanzado a la calle y quiere, al ejemplo de toda España, vengar de manera memorable los asesinatos cometidos por las tropas francesas. San Martín, que desde hace días viene asistiendo a la inquietud creciente que reina en la población, comprende que hoy las cosas no acabarán de buena manera.

Poco después de mediodía un gran golpe de gentes, afluyendo por las calles vecinas, ha comenzado a reunirse en la Plaza de San Antonio. Al principio han sido grupos de cuatro, de seis, de ocho personas, los que se han visto discurrir en animadas conversaciones. Contra su carácter popular, estos grupos, hablan y actúan casi sigilosamente. No obstante, sus ademanes violentos, los rápidos cuchicheos de las cabezas que se juntan, dicen la cólera sorda que los anima, la contenida indignación que atiza la conspiración en plena calle.

En uno de los núcleos que discute en el centro de la plaza hay un hombrecillo flaco, rostro color de limón taraceado por antiguas viruelas, que desde hace una hora larga gesticula ante un grupo de hastiales que le contemplan embobados. Poco a poco, los ademanes del hombrecillo han ganado en violencia y en rapidez hasta tornarse casi frenéticos. De pronto, el pequeño ser, ha dado dos pasos atrás y curvándose vivamente en un ademán obsceno se ha tomado las partes viriles para reforzar con tal gesto las palabras de su discurso: —"¡Tiene razón!..."; ha comentado el grupo de sus incondicionales, seducido por su mímica enérgica.

Este es el tono que reina en toda la ciudad. San Martín, para quien no escapa un detalle de cuanto ocurre a su alrededor, trata de valorar con criterio militar la magnitud de los acontecimientos.

Entre tanto el pueblo comenta los acontecimientos de la víspera y aquellos alzamientos que en Gijón, en Oviedo, en Asturias, en León, en Santander, en Valladolid, en Sevilla y en Madrid, van poniendo a toda España sobre las armas. ¿Es posible que los gaditanos se queden así, de brazos cruzados, cuando todo el pueblo español ha declarado ya una guerra a muerte a los soldados franceses?

La actitud fría, irresoluta, cautelosa, del capitán general de Andalucía, Solano, marqués del Socorro, se presta a todos los comentarios. Este hombre, muy popular hasta ayer, adorado por un pueblo que creía ver en él a uno de los suyos, ha perdido de golpe todo su prestigio.

Hace algunos días, volviendo de Extremadura, "al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso. Más molestado por insistencias, pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró para meterse en Cádiz". Estas y otras anécdotas se han difundido por la ciudad. La indignación ha cundido. "Ya antes de mediados de mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo más prudente en todo su camino". "Después del 2 de mayo, solicitado y lisonjeado por los franceses, y sobre todo vencido por los consejos de los españoles, antiguos amigos suyos, con indignación se mostraba secuaz de los invasores, calificando de frenesí cualquier resistencia que se intentase". ¿Se necesitaban acaso más informes para que el pueblo bajase el pulgar y pronunciara la palabra condenatoria?

El hombrecillo de la plaza de San Antonio, Pedro Olaechea, ex fraile capuchino de la Cartuja de Jerez, con su furia de fanático, se ha encargado de repetir a diestra y siniestra la frase de orden: —¡Este cochino de Solano nos traiciona! ¡El indecente gorrino se ha vendido al oro de Napoleón!

El ex capuchino consiguió ayer amotinar la población y llevarla ante la casa del capitán general. En medio del tumulto, un jovenzuelo de verba expedita y desembarazado ademán, Manuel Larrús, encaramado en hombros de otro, arengó a la multitud y al propio Solano. Después de una larga peroración el improvisado orador terminó pidiendo que se declarase la guerra a los franceses y que se intimase la rendición a su escuadra fondeada en el puerto.

El marqués del Socorro, visto el estado reinante de furor popular, no ha tenido más remedio que ceder, si bien ha pedido un plazo breve para consultar a sus generales.

La multitud, convencida a medias, se ha dirigido en masa al domicilio del cónsul francés asaltando la casa, quemando los muebles y persiguiendo buen trecho a Mr. Le Roi que tuvo que refugiarse en el convento de San Agustín esperando la ocasión propicia para embarcar en los buques de su nación, escapando de este modo a una muerte segura.

Toda la noche se ha pasado en arengas, discursos, vivas a Fernando y mueras a Napoleón. Ahora, las cuatro de la tarde del día veintinueve, el pueblo reunido en la plaza en gran cantidad, espera la resolución de Solano.

San Martín, que de antemano conoce el contenido del bando que se va a leer, ha hecho formar la guardia ante el palacio del Gobernador en previsión de graves y muy seguros disturbios.

En la Plaza de San Antonio, el ayudante José Luquey, en medio de un impresionante silencio, ha dado comienzo a la lectura del bando con una voz que se ha esforzado por parecer segura y entera. La junta de generales, atendiendo a la petición formulada por la ciudad, encuentra muy justo que se declare la guerra a los franceses. Ante esta noticia el pueblo ha prorrumpido en una ovación delirante. El joven ayudante ha tenido que hacer esfuerzos desesperados para que se continuase oyéndole. Tal es, en verdad, el sentir de la junta de generales, pero, en otra posterior de oficiales de marina se acordó: "Que no se podía atacar a la escuadra francesa sin evidente peligro de destrozar la española, interpolada, todavía, con ella...".

Estas últimas palabras han producido un verdadero estallido de furor en toda la plaza de San Antonio. ¿Hasta cuándo se va a burlar Solano de los deseos de la multitud? ¿Es que se querrá entretenerles aún con nuevas dilaciones? Rápidamente el gentío se ha arremolinado, ha hecho huir al oficial Luquey y se ha puesto en marcha hacia la casa de Solano.

San Martín, viendo llegar aquel torrente humano erizado de brazos levantados, de puños amenazadores, de gritos y de imprecaciones, ha hecho estrechar las filas de su guardia.

Tres hombres destacados de la gran masa humana han pedido hablar con el capitán general para imponerle la declaración de guerra en nombre de la ciudad alzada. San Martín sabe que buena parte de la multitud viene armada. El día anterior, en el asalto al Parque de Artillería se han provisto de ellas ayudados por los mismos soldados que, lejos de hacerles oposición, les han exitado y protegido. No contando, pues, con los recursos para dominarlo, es preciso evitar a toda costa que estalle la violencia del motín. Después de algunas consultas se ha permitido pasar a los tres representantes al despacho del Gobernador.

La multitud, apiñada en la estrecha calle de la Aduana, que separa de las murallas la casa del Gobernador, espera inquieta el resultado de estas postreras conversaciones. De pronto, en medio de la expectativa general, uno de los parlamentarios se ha asomado al balcón. Aquel hombre, mirado desde cierta distancia, tiene una gran semejanza con el general Solano. El parlamentario que está lejos de ser un orador, y mucho menos un orador de multitudes, se ha imrpesionado al hallarse sobre aquel mar de cabezas humanas. Ha querido hablar, y las frases se le han anudado en la garganta. Ha querido accionar pidiendo silencio, y sus ademanes se han convertido en un vago gesticular desprovisto de toda agencia expresiva, carentes de todo imperio sobre la imaginación de la multitud. Esta, que ha visto aparecer de pronto una silueta que le recuerda la de Solano, la ha tomado por Solano mismo. Sus palabras entrecortadas, por una nueva tentativa de dilación. Sus gestos, mal medidos y poco enérgicos, por signos renovados de negativa.

Esto ha bastado para soltar el tenso resorte de la cólera popular. Dirigido contra el hombre del balcón, ha sonado un disparo; luego otro, otro, y, por fin, una descarga cerrada de más de sesenta armas de diversos calibres. San Martín, comprendiendo que sería una locura el intentar una carga contra la espesa muchedumbre, ha hecho retroceder la guardia al interior del palacio, ha apostado sus soldados tras las ventanas y ha atrancado las puertas en previsión del asalto.

A los gritos de "¡Al Parque, al Parque!", buen concurso de revoltosos se ha dirigido al Parque de Artillería para apoderarse de algunas piezas con que bombardear la casa. Por su parte, los grupos de la calle de la Aduana, han apuntado contra la casa del Gobernador uno de los cañones de 24 de los que coronan las murallas. Las gentes del Parque de Artillería han regresado con cinco piezas más y las han encañonado contra la fachada.

A los primeros disparos han volado las pu[...] sufrido grave daño las paredes, y han sido v[...] piso bajo.

No obstante que la multitud se apresta y[...] edificio, San Martín se mantiene en su puesto[...] bernador pueda huír y él está dispuesto a cub[...] rada de su superior que es, a la vez, su mejor[...]

Solano, huyendo por la azotea, se ha pasa[...] cino, el comerciante irlandés Strange. Pero el as[...] dido en la confusión general, ha seguido todos l[...] día, con su natural malignidad ha previsto esta m[...] se le ha adelantado entrando a la casa de Strange po[...] cipal. En la escalera se ha encontrado con el comanda[...] regimiento de Zaragoza, quien, amigo de la casa, subía [...] servicios a la señora de Strange, en ausencia de su esposo[...] de la revuelta.

Al entrar, pues, en la casa de Strange, lo primero [...] Solano ha sido la siniestra figura del ex cartujo, apost[...] delatarle a los amotinados. Con una sola mirada, el coma[...] y el Gobernador Solano, se han entendido. Entre amig[...] por los brazos a Olaechea y lo han encerrado en un pa[...] sa cortándole toda tentativa de delación. Pero mientra[...] ba un lugar donde ocultarse, Olaechea no ha perma[...] Viendo una claraboya que daba a un patio bajo ha in[...] por allí. Los vidrios han cedido de pronto y el ex cart[...] un gran estrépito, se ha estrellado sobre las losas d[...] mentos han llamado la atención de las gentes [...] se [...] lle. Pronto le rodea la multitud. Antes de morir Olae[...] energía suficiente para vengarse indicando a los rev[...] la caza del Gobernador, las habitaciones del piso [...]

El pueblo de Cádiz, que ha sorprendido a su Gob[...] un gabinete de la casa de Strange, le lleva ahora p[...] Aduana camino de la horca.

El furioso populacho se ceba en el desgraciado So[...] serenamente a la muerte. Los insultos, los motes de [...] las sangrientas, cubren al pobre Gobernador tan qu[...] por este mismo pueblo. Un hombre, rigurosamente e[...] gran capa, con el sombrero hasta las cejas, hace ina[...] para mantenerse cerca de Solano, luchando con los v[...] lla marea humana que trata de separarlos cada vez [...] lencia. Las hostilidades de la multitud crecen cada v[...] sañamiento. Al desembarcar en la pequeña plaza de Sa[...] el gritería ensordecedor, los insultos, las burlas bru[...] hasta lo más hondo el alma del desdichado militar, s[...] insoportables. Por un momento parece que Solano v[...] serenidad, su fortaleza de ánimo, su magnífico orgullo[...] la saña feroz de sus verdugos. En este trance, el mis[...] que no le ha abandonado un instante en su larga ví[...] embozado de golpe, ha empuñado la espada que [...] su capa, y, aprovechando un movimiento de la mul[...] bierto a Solano, la ha sepultado de un solo impul[...] pecho del Gobernador, hasta los gavilanes.

Mientras Solano, sin un grito, se desploma [...] dor ha conseguido desaparecer a favor de la gr[...] desatado el suceso y a las sombras del crepúscu[...] menzaba a caer sobre las callejas de Cádiz.

"El caballero desconocido — apuntará más[...] —era, según en público se dijo, don Carlos Pig[...] capitán general, que quiso de este modo librarl[...] plebe y de la ignominia del suplicio". Extraño [...] ceñido al gusto novelesco, sentimental, del agi[...] za...

★

Cuando el pueblo enardecido asaltó la casa [...] Martín se vió obligado a ponerse en salvo a su [...] los escasos soldados de su guardia deshecha.

Esta, que como la mayor parte de la guarnición, e[...] con el alzamiento general, no habría disparado en ni[...] los amotinados.

Solano no ignoraba que el partido del pueblo era el[...] podía tomar; pero prefirió sucumbir trágicamente a abdi[...] de militar que le obliga a no exponer la plaza de Cádiz [...] desigual, absurda, contra la escuadra francesa. He aquí [...] varonil espíritu de disciplina hecho para conquistar el es[...] lo de San Martín. Este, que siempre ha tenido por el mar[...] corro una verdadera, una profunda estimación de amigo, [...] en la sucesivo como un héroe propuesto a su emulación. [...] cimientos de hoy han ganado al joven oficial su prim[...] las historias generales de España, y le han otorgado [...] que habrá de recordar con utilidad en muy análogas[...]

Después de la muerte de Solano, el tumulto ha[...] ciudad más amenazador que antes. Han sido allan[...] gunos residentes franceses. La revolución hierve [...] careciendo de un objetivo preciso, nadie sabe ha[...] denará la cólera de la multitud.

Don Tomás Morla, el oficial más antiguo [...] cargo de la guarnición; pero apenas ha salido [...] piquetes fieles, ha comprendido que es imposib[...] sin provocar el fusilamiento en masa de la mult[...]



Sepultó la espada en el pecho del gobernador

nicería, un nuevo 2 de mayo. La caída de la noche ha venido ha[...] car aún más la situación, ya de por sí extrema. Los revolucion[...] alumbrado hachas de viento y se teme que por inadvertencia [...] sumible espíritu destructor, los incendios estallen en los cua[...] de la villa.

Es en este colectivo trance de sofocación y apuros ge[...] fray Mariano de Sevilla, guardián del convento de Capuc[...] luz de muy sutiles entendederas, ha comprendido que no p[...] sino por dulce presión sugestiva que convierta la cólera ho[...] multitud en hondo fervor religioso, es como hay que obr[...] ánimos exaltados. Es así que la numerosa comunidad de [...] nos con las cogullas caladas, cirios encendidos en las man[...] en forma de rosario, ha salido a recorrer las calles de la[...] checida. Fray Mariano de Sevilla, grave, imponente dentr[...] bito talar, exhorta elocuentemente a los sublevados para [...] religiosos y populares, pidan a Dios por la libertad de lo[...] salvación de la patria..."

Desde que ha comprendido que toda intervención pers[...] fectamente inútil, San Martín se ha retirado a su modesto [...] de soldado. Largamente, en la soledad de su alcoba, ha r[...] sobre los sucesos del día. Ni por un instante puede apart[...] imagen del pobre marqués inmolado al furor de una turba en[...] Con cariñosa lentitud ha extraído después, del bolsillo inte[...] uniforme, un pequeño retrato de Solano. Le ha contemplado[...] funda tristeza, y luego, pausadamente, se ha puesto a dib[...] orla de luto en torno al expresivo perfil de su amigo desapare[...] el respaldo del cartón, con rasgos sueltos y enérgicos, ha tra[...] nombre y una fecha: Solano, 29 de mayo de 1808.

★

Los rumores de la revuelta llegan hasta los oídos de San Martí[...] cada vez más apagados. Lentamente la ciudad va recobrando su pasa[...] da calma. En todos los barrios, una pacificación repentina, señala e[...] paso de la columna de monjes. Las armas se deponen sin violencia, e[...] tumulto decrece, los buenos gaditanos se suman por racimos a la ro[...] gativa. Y, a las pocas horas, la revuelta que comenzó sangrienta [...] brutal, va terminando en una larga y pacífica procesión, gracias a [...] dulce, a la inspirada intervención del excelente fray Mariano.

Un Asombroso Viaje en Simón

ES posible que alguna vez me resuelva a escribir algo que me ha pasado: pero la gente no me creerá... El caso fué que hace algún tiempo tuve que ir a la estación del Norte a esperar a mi padre, que venía en el correo de Asturias. Dos amigos me acompañaron, y decidimos tomar un coche. No soy tan escrupuloso como algunos, y, desde luego, no tengo ninguna fe en hallar un simón presentable; pero, aun así, confieso que me impresionó el aspecto del caballo, cuyo lomo formaba una gran curva cóncava y hasta se acordeonaba tan extrañamente, que a veces, entre la grupa y el nacimiento del cuello, no había más de dos palmos de distancia. Achaqué estas visiones a mi falta de costumbre de madrugar, y cerré la portezuela tras el último de mis amigos. El cochero gritó: "¡Eh! ¡Vamos al Norte, Pinto! ¡Un pasito, buen caballo!...." Y comenzó el viaje. Nunca fuí testigo de un trote tan desigual y caprichoso. Verdad es que no duró más de treinta metros. El caballo marchó después con una lentitud trabajosa, animado por el conductor, que le dirigía las expresiones más apasionadas. Es regla general que los cocheros insulten tan terriblemente a sus bestias, que más de una persona de buenos sentimientos se ha echado a llorar dentro del coche. En este caso increíble, nuestro hombre no hablaba más que para halagar al jamelgo y hacerle útiles advertencias: "Adelante, el mejor caballo de España! ¡Así me gusta! ¡Ojo con tropezar en ese pedruzco!" Y el caballo nada hacía por justificar estas alabanzas. Caminábamos, ésta es la verdad, a paso de carreta.

Fué preciso subir una calle en cuesta, y entonces comenzó nuestro verdadero martirio. Avanzábamos tan lentamente, que un mendigo que andaba tanteando la acera con su bastón, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "Almas caritativas, ¿está parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuró algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la cuesta retrocedió bruscamente el simón más de dos metros.

Miramos el reloj: era muy tarde. Quisimos salir; pero las portezuelas no se abrían. Nos consultamos melancólicamente. ¿Qué hacer? "Señores — dije, es indudable que el caballo no puede arrastrar tanto peso. Se hace preciso que uno de nosotros se sacrifique por los demás. A semejanza de los aeronautas, es necesario arrojar lastre para poder subir". El más gordo de mis amigos resignóse a lanzarse por la ventanilla. Pero no pudo, porque un clavo le sujetaba el gabán por la espalda. Mi otro amigo intentó libertarle, y quedó asimismo aprisionado por una manga en otro hierro. Convencimos al gordo de que prescindiese de su gabán. "¡Adiós!"—dijo, y se lanzó a la calle. El caballo pudo subir cuarenta metros más y volvió a detenerse. Arrojé al otro amigo. Logramos vencer el repecho. "Señorito—me advirtió en ese instante el conductor—, no podremos llegar al correo de Asturias: se ha hecho muy tarde". Bien veía yo que estaba anocheciendo. "Es igual — contesté—; sigue a la estación: no recibiré a mi padre, que vino de Asturias, pero despediré a un amigo que se marcha en el rápido de Irún". Y seguimos. Al apearme comentó: "Tienes un famoso caballo; cualquier perro tiraría mejor de tu coche". "¡Oh, señor — replicó —. Este caballo es toda mi familia". Me encogí de hombros. El añadió: "El señor es bueno y sabrá comprenderme...; acaso me dé una buena propina cuando le refiera... El pobre Pinto, murió. ¡Gran caballo aquél! Los tiempos están malos y la avena cuesta un sentido... Le alimentábamos con sombreros viejos de paja y con papeles verdes que arrancábamos de las carteleras y cortábamos en tiras largas como las hierbas. Hubiese vivido mucho tiempo; pero un día, al frotarlo con el cepillo de alambre, se abrió, se abrió como una chistera usada o como un tambor. Echó un poco de aire y quedó muerto. Ya ve usted. Era toda nuestra riqueza..." "¿Pues qué es esto?" — pregunté, señalando al caballo: "Su pobre piel, señor; dentro están mi padre y una hermana viuda, que no tienen trabajo". Le di dos pesetas de propina. Al pasar junto a Pinto, que arrojaba por la nariz chorros de humo de su respiración fatigada, juraría que oí decir en voz baja: "¡No puedo más!" El cochero me dijo misteriosamente, señalando el vaho del animal: "¡Es padre, que fuma!"

Wenceslao Fernández Flores

URRO, *Cuento de Margarita Arsamasseva*

NTE, con
oteo bajo
iscosas de
odo de un
esagrada-
pies de
que vaga
lrar, tur-
ria como
ación, no
mirada de
y de los
icios cuyo
nstantemen-
ujo de espe-
esos fugaces
vísima emoción
pecho y se escu-
mante por su es-
jarlo luego oscilan-
piernas y con los
s por un indecible
menta una angustia
cansancio sordo y
e parece hinchar su
rma con rabiosa nece-
y que de un mo-
o impulsa hacia
sus ojos se cla-
on inconscien-
bras que se
a tapia rui-
unstancias
e forman

lo cami-
con los
sillo que
lde para
gual a la
persona
tenía el
los zapa-
s... pare-
los pies có-
ión de ele-
rpo. Estaba
y seguro. Y,
sin causa...
an insignifican-
vale la pena re-
como es posible que
a ha vuelto a derrum-
se y que he perdido todo lo que esta mañana parecía tan seguro, por un miserable resbalón de tijeras! Y yo que todavía me cuidé para no perder de vista al empleado mientras éste medía el género! Me atendía de muy buen modo... cuando cortaba la seda me miró sonriendo y dijo: "El señor quedará contento con la compra, es el último estampado que hemos recibido...". ¿Quién iba a sospechar que precisamente en aquel instante en que me sentía del todo tranquilo y contento, se producía la desgracia? Ahora he echado a perder mi ropa; ya no hay remedio para mis zapatos..., se deshacen en el barro como si fuesen de cartón! Me
ltas la cabeza... creo que
comido nada desde las
la mañana... ¿Qué hora
ya oscurece... ¡Si to-
adrillo y me golpeara
las fuerzas mi maldi-
que no quiere doblar-
á se aflojarían los

ecimiento de alegría
conciencia de Curro.
se detiene y aunque
sbalan y se hunden
de lodo, permane-
n recordar ya la llu-
ciente desesperación.
s escombros de una
osa que esté en el
lto del otro lado de
surgido una silueta
mueve despacio, des-
por momentos de-
s montones de escom-
ubren el borde de la

perro de policía!" —se
ro conteniendo la respi-
calculando rápidamente
debe hacer para impedir
éste se le escape—. "No es
... si fuera Bell me hubiera
sentido... además éste es más flaco y tiene el pelo más claro... camina como si se cayera de hambre... Ya que salí en busca de mi perro y hallé a otro, que parece no tener dueño y ser tan desdichado como yo, voy a tratar de inspirarle confianza y
seguirme lo llevaré con-
ora las tías están en-
dormitorio, to-
la estufa y
nada...".

Su voluntad está concentrada en este propósito. Atisba los movimientos del perro y aunque arde de impaciencia por avanzar rápidamente y apoderarse del animal, intuitivamente imita los pasos vacilantes de éste, encorva la espalda, inclina hacia un lado la cabeza y, dejando colgar inertes los brazos, parece imprimir a su figura una expresión de humildad canina.

"—Pichicho... pichicho..." — lo llama y silba despacio, agachándose y rastreando el pasto mojado con los dedos; hasta se esfuerza por asemejar su voz a los ladridos —: "Guau, guau... pichicho, ven aquí...".

El perro que permanecía inmóvil en actitud de expectativa, de pronto apoya torpemente las patas en un trozo de hierro viejo que cede bajo su peso. Curro da un salto y en el momento en que alcanza el borde de la zanja ve asomar la cabeza del perro. Repentinamente, éste le toca la mejilla con su hocico y le lame la nariz.

Luego, toda la impaciencia de Curro se transforma en una indecible ternura. Camina hacia su casa mirando resueltamente el cielo. Le atrae la inmensidad. Las nubes se dispersan, como capas de humo; parecen rozar los tejados de los lejanos chalets, y el fondo movedizo y turbio del espacio está saturado con la tibieza de primavera. La mano de Curro resbala por el lomo del perro y se torna cálida y mojada. Por momentos Curro sonríe y tiene que detenerse para dar un buen empellón al perro que le impide caminar oprimiéndole las piernas con su peso o introduciéndole el hocico en la manga del saco. Ya seguro de la lealtad del animal, Curro le tira de las orejas y de un modo cariñoso le palpa las costillas. Está lleno de nuevas preocupaciones: hay que alimentarlo con lo que consiga substraer inadvertido de la cocina y tenerlo encerrado en la pieza hasta que se acostumbre del todo y que pase el malhumor de las tías.

"—La tía Matilde es malísima... mala del todo" —reflexiona Curro".— "Siempre está esperando una ocasión para golpearme. La semana pasada, como no recibía la contestación a la carta que había escrito al alemán, me pegó con toda la fuerza en mi pierna enferma... Hoy también me lastimó la rodilla con el palo de escoba... Echó sobre Bell una pava de agua hirviendo para que no volviera más... ¿Qué culpa tengo de que el "Alemán" no quiere pisar más la casa? Tampoco soy tendero... es el empleado de la sedería que cortó torcido el género y no yo... Por dos dedos de diferencia en la medida casi me manda al hospital. ¡Pero, yo me dejaría golpear con tal de conservar el perro! Recién lo encontré y ya me encariñé con él... Es inteligente, entiende cuando le hablo... Si cuido bien del jardín y arreglo mañana temprano los caños del desagüe, quizá tía Antonia, que es más tratable que Matilde, consienta que el perro se quede conmigo... Antonia sólo insulta pero no pega. Aquella vez cuando notó que el rosal amarillo se había secado, me dijo de todo... que yo era un inútil, un atorrante, un aprovechador, pero no levantó la mano sobre mí... Seguramente los curas la han asustado, por eso no me martiriza; teme morirse de repente y que el diablo se la lleve al infierno... Es una suerte para mi que se... ¡...na! si no ten-... mudar de ... aqu... ía con mi pierna torcida y sin un centavo en el bolsillo? Sospecho que mi madre antes de marcharse a Europa les habrá dejado algún dinero para mí, pero han pasado ya muchos años sin que nadie sepa nada de ella... Las tías dicen que me tienen por lástima en la casa... Ese alemán hizo buen negocio con tía Matilde: le compró la finca que tía tenía en Adrogué... la compró por nada, por lo que quiso dar por ella, y tía Matilde lo recibía como a un príncipe... se hacía ilusiones de que el alemán la pretendía para casarse con ella. ¡Qué imbéciles son las viejas solteronas! "Me gusta el alemán, es un hombre listo! Festejó a la tonta para asegurarse la finca y luego se hizo humo...".

El frío hocico le roza

A medida que así reflexiona un gran rencor va subiendo en él. Le parece que todos los poderes del Destino se han conjurado en contra de su indefensa persona para humillarlo y privarlo de la única alegría que aclara su triste existencia. El que obedece a todos, que se gana su mísero pan con trabajo tan duro y resignación tan incansable, debe tener el derecho de querer a alguien! Y lo que él quiere es muy insignificante, muy fácil de obtener... no exige ningún sacrificio de nadie... ¡Quiere a un perro, a un pobre perro vagabundo que se contenta con sólo permanecer a su lado y alimentarse con las sobras que no pueden ser utilizadas y que van a parar en el cajón de los desperdicios! No es un perro agresivo ni enfermo; seguramente se pasa todo el día echado en algún rincón y vive inadvertido de la gente... ¿Por qué entonces echarlo de la casa? No obstante Curro teme que esta pequeña e inocente dicha, que para él es toda la dicha, le sea arrebatada por la despótica voluntad de sus tías!

De tanta crueldad que lo hiere, comienza a extraer pequeños fragmentos de perversa satisfacción. Piensa con dulce odio, casi con placer, en la ridícula aventura de la tía Matilde con el "Alemán"...

"—Ojalá la haya engañado del todo! no sólo en los negocios sino también en los sentimientos..." —se dice sonriendo a su propia astucia y dando un brutal puntapie a una naranja enlodada que se pudre en un charco. Aprieta inconscientemente el hocico del perro sin darse cuenta de la crueldad de su ademán. El perro deja escapar un ahogado gemido, se agacha y tiembla de un modo lastimero. Curro se estremece y lleno de remordimiento lo acaricia murmurando:

"—No me tengas miedo perrito, no quise lastimarte... voy a defenderte contra todos...".

La suerte parece serle propicia: oscurece y no se ve a nadie en la calle. Ya camina por la vereda de su casa; a través del joven y ralo follaje de la enredadera que reviste el alambrado no brilla una luz. Las patas del perro resbalan por las baldosas, como si perdiera las últimas fuerzas; Curro lo sostiene con un brazo mientras alarga el otro para desenganchar el alambre que sujeta la puertita de madera.

Un vago temor encoge de repente su ánimo. Allí, detrás de la puerta, no puede haber nadie que lo espíe... Lo que oye es sólo el rumor del viento... No obstante suelta el perro y haciéndole una imperiosa señal para que no se moviera, abre con precaución la puerta. Un golpe de aire frío le hace parpadear. Cegado por el viento y oprimido ya por una viva sensación de peligro, cierra la puerta manteniéndose por unos instantes inmóvil como presa de una repentina debilidad. En seguida recobra el dominio de sus nervios y tranquilizado por el silencio que reina en la calle, oculta las manos en los bolsillos adoptando un aire de perfecta indiferencia.

—¿Con quién hablabas, Curro? —interroga con voz agitada la tía Matilde saliendo de la oscuridad del zaguán y avanzando precipitadamente hacia su sobrino—. Creí que no estabas sólo... que venías con... alguien...

Curro finge no haberla oído permaneciendo en actitud meditabunda, los ojos fijos en un charco de agua que invade la mitad del camino embaldosado. Con gran cuidado afirma el pie sobre un fragmento de baldosa y se prepara a dar un salto para alcanzar la parte más firme del camino que conduce hacia el fondo del jardín. Se comporta como si estuviera solo y empeñado en llegar rápidamente hasta su cuarto. Dispuesto ya a efectuar el salto, alarga la mano para asirse del alambrado, y en el instante en que su pie se apoya en el sitio seguro, oye detrás de su espalda un agudo grito de estupor.

Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas y las faldas subidas hasta la cintura, la contempla con frío desdén. Atolondrada por la conmoción sufrida a consecuencia de la caída, la tía agita de un modo ridículo las manos profiriendo palabras incoherentes:

—¡Agustín!... ¿qué has hecho conmigo...? ¿por qué me has dejado?... Dios mío... ¡qué maldad! ¡Ay, no puedo más... cómo me duele... como me duele la cabeza...

Una sensación de insufrible hastío asalta a Curro; sin escuchar los lamentos y los quejidos de la tía se oculta en la oscuridad y recostándose de espaldas contra la pared de la casa, espera con resignación el momento propicio para lanzarse en busca del perro. Lo que hace la tía lo tiene sin cuidado; sólo piensa en élla como en un odioso obstáculo que no tardará a desaparecer de su camino. Ya la oye caminar pesadamente por la galería; luego, con un suspiro de alivio, percibe el chirrido de la puerta del zaguán. Sintiéndose sólo se precipita a la calle, pero en su impaciencia no consigue distinguir nada. Tantea el suelo con las manos que le tiemblan de angustia. Por fin tropieza con un bulto blando que se agita y se estira a su contacto. Fuera de sí de felicidad, Curro oprime el perro contra su pecho y agachándose hasta confundirse con las sombras de los arbustos, corre a su cuarto.

Un esfuerzo más: introducirse silenciosamente en la cocina para conseguir algunas sobras de comida. La puerta de la cocina se encuentra cerrada con llave; por los vidrios asoma la impenetrable oscuridad que reina en el interior. Pero han olvidado de asegurar la ventana. Curro levanta su pierna enferma y con gran trabajo se alza y trepa sobre una angosta alfeiza. Deslizándose despacio hasta tocar el suelo tantea los ángulos de los objetos invisibles y guiado por una corriente de aire tibio avanza hacia el fogón. Introduce la mano en un recipiente que huele a caldo, sus dedos se hunden en algo cálido y pegajoso. Es el puchero lleno de cosas suculentas!... Se apodera del caldero y se lo lleva a su cuerto.

El perro se lo engulle todo y relamiéndose el hocico mira fijamente a Curro que está sentado en el suelo frente a la olla. Este sólo come la verdura eligiendo los trozos de carne para dárselos al perro. Sonríe saciando su hambre y se siente feliz como nunca. A la luz de la vela el pelo del perro brilla con reflejos leonados; tiene la cola tupida y las orejas puntiagudas como las de un lobo.

"—Creí que era un atorrante y me resultó un perro fino... quizá de pura sangre... "—piensa Curro levantándose para llevar el caldero a la cocina —". Por la tarde podré hacer mandados para el carnicero y él me dará los recortes de carne... Hay que alimentarlo bien; los perros de raza son muy delicados...".

Durante la noche, en sueños, Curro siente uan cálida presión contra la espalda. Estira las piernas y dormido sonríe...

...Está acostado sobre la arena suavísima y ardiente de la playa, sus ojos se pierden en la inmensidad del espacio. Una extraordinaria transparencia azul envuelve el mundo. Pureza, libertad, fragancia misteriosa del mar saturan su cuerpo fuerte y ágil. Sólo ,rodeado de extensiones infinitas, inundado de claridad siente vivir gozosamente cada fibra de su sér. En el cielo, en el mar, en la playa no se ve un pájaro, ni un animal, ni una persona. Lejano murmullo de las olas mece su reposo. Una conciencia jubilosa de su libertad lo impulsa a levantar las piernas y a agitarlas riendo de placer. Las ve musculosas, rectas y bronceadas. Con un movimiento rítmico y flexible obedecen a su voluntad; brillan al sol en su pulida blancura y describiendo curvas vertiginosas levantan remolinos de dorada arena... Curro ríe y se revuelca alegremente sobre la playa. Ríe porque recuerda una pesadilla que había tenido en sueños. Había soñado que su cuerpo era débil y feo y su pierna derecha torcida... había soñado que caminaba rengueando por un campo desierto, hundiéndose en el fango y temblando de angustia bajo una lluvia helada... iba en pos de algo que no podía alcanzar y su pierna lisiada le impedía acelerar el paso...

Una impresión brusca como un golpe en pleno pecho, despierta a Curro. Sin abrir los ojos, lleno aún su cuerpo de la claridad de la playa, salta fuera de la cama. Y traspasado por un repentino, espantoso dolor vuelve a caer de espalda. No le quedan fuerzas ni para estirar la mano. Ha tropezado contra el ángulo del baúl que se halla frente a su cama y el golpe recibido en la parte más sensible de su rodilla enferma le ha producido un dolor tan violento que la impresión se le ha repercutido en la nuca. Pero más que el sufrimiento físico lo anonada ese terrible despertar a la realidad. Sobre su mejilla caen pesadamente grandes y frías gotas. Es el agua de la lluvia que se filtra por una grieta del techo.

"—Tengo la camisa empapada en agua... siento escalofríos en la espalda... y estos temblores que no puedo dominar provienen seguramente de la fiebre... Más vale así! me moriré de una vez. Quizá hay allí otra vida más dichosa... — piensa vagamente Curro, y de pronto una tristeza quemante le oprime la garganta.

Pero ya las patas del perro se apoyan afectuoamente en su pecho y el frío hocico le roza de un modo suave y tranquilizador los labios temblor...os...

Calle de Cipreses

EN la finca próxima a la casa donde paro, ha muerto Don Ramón Lozano. Desde que llegué a Río Ceballos, me impresionó la doble fila de cipreses a un lado del camino serrano: y en contraste con la gran mancha oscura de estos árboles, la casita blanca, la casita blanca donde ha muerto Don Ramón.

Tempranito va cayendo gente.

Con pañuelo negro al cuello, montados de a dos en un caballo, cantidad en sulky y el infaltable Ford, ¡ah! pero ese es del cura.

Las ventanas se abren por primera vez. Hace un año estaban cerradas. Ahora una vecina barre el fondo.

—¿No ha llegado ningún pariente?

—No tiene.

—¿De qué ha muerto?

—"Agusanao".

El médico del pueblo calcula que debió estar enfermo mucho tiempo. Nadie lo volvió a ver después del día que llegó, sólo habló una vez con la vecina de enfrente: "Todas las mañanas me deja un balde con agua y un pan en el corredor, allí mismo le dejaré el pago".

Y esto fué hasta antes de ayer. Cuando la vecina vió que no había retirado el pan y el agua del día anterior, llamó al juez de paz para que se enterara y el juez de paz salió en busca del cura "por lo que podría ser".

El juez de paz y Don Eudosio Moyano, el cura, se encontraron en el camino y el cura le preguntó:

—¿Dónde está el "finao"?

—¿Cómo, usted ya sabe que es "finao" Don Ramón Lozano?

El cura vió que temblaba el juez de paz y éste notó que temblaba el cura. Y sin decirse una palabra más, volvieron a tomar el camino a Río Ceballos.

Llegaron a la casa. El cura persignándose y ayudado por el juez de paz, dió una voz fuerte diciendo: "¡En nombre de Dios!" y empujaron la puerta, abriéndola.

Tendido en la cama yacía Don Ramón Lozano "agusanao".

Con grandísima piedad lo arreglaron y lo pusieron en un cajón. El cura rezaba en alta voz el "De Profundis".

Barrieron la casa, quemaron yerbas olorosas, y como la noche era serena lo velaron en el patio, entre cuatro velas.

Nadie le conocía, cuatro años antes había hecho edificar la casa. Cerrada siempre sólo se abrió una puerta el día que él entró. Luego, silencio absoluto.

Muchas veces, pasando yo por el camino, miraba la calle de cipreses que iba hasta la casa: una tumba que se había preparado este hombre.

¿Qué tragedia ocultaba su vida? Me habían dicho que era joven, se habló de una mujer. Los que le velaban no lo conocían. Ahora la vecina que le llevaba el pan y el agua lloraba y gritaba epilépticamente. Otras vecinas lloraban porque la oían llorar. Sólo una vez le había visto y sólo una vez habló con él. Los hombres tomaban mate y fumaban, la cabeza gacha; nadie decía una palabra, el cura rezaba en latín y el juez de paz temblando quería saber por qué temblaba.

Amaneció el domingo.

Cargaron el cajón en una chata y salió el cortejo camino del cementerio.

El pueblo estaba más alegre, se comió un buen asado, se jugó a las bochas; las barajas entretuvieron la tarde. Pero después de la oración se levantó un vientecito y el alcohol hizo volver la tristeza. Les pareció que el "finao" los estaba llamando; y salieron todos otra vez para lo de Don Ramón Lozano.

Desde mi ventana alcanzo a ver que, formando un cuadrado, hay cuatro velas encendidas en el patio, donde habían velado a Don Ramón. Los paisanos, en silencio, están a la espera de algo.

Pregunto al peón que me acompaña:

—¿Qué hacen allí?

Con voz muy baja me dice:

—Están esperando que pase.

—¿Quién?

—El "finadito".

—¿Y las velas encendidas?

—Para que el "finao" vea que están todos, porque el que falta es pronto "finao".

En eso una racha de viento apagó las velas, se oyó una gritería de angustia y el galopar de caballos.

—¡Jesús, María! suspiró el peoncito —. Ya pasó!

Graciela Baliero

El Contratiempo

HECTOR Díaz, por aquel tiempo, era un tipo peligroso. Con un mazo de barajas en la mano hacía lo que quería. Jugadores especiales le daban la derecha. Fué el primero que trajo al pueblo la "carpeta del 36". La tal carpeta tenía números — del 1 al 36 — con muchos colores y dibujos raros, como esos que venían arriba de los almanaques antiguos: cangrejos, bichos, pescados.

Con esta carpeta hacía rifas. En el 36 ponía un reloj de oro o un puñal con mango de plata, lleno de rosas y corazones cincelados. Se tiraba con un vaso y seis dados. Cualquiera comprende que los seis dados con el punto mayor no salían ni cada mil años.

Pero la cosa era que Díaz se las arreglaba para hacerlos salir una vez cada domingo. Seguro que jugaba con todas buenas...

Siempre en el montón había un vivo que aseguraba que "el 36 iba muerto". Díaz le compraba la tirada y daba la casualidad que en ese tiro salía "el bravo".

★

Díaz era un hombre de media edad, con el pelo moro en las entradas de las sienes, y le gustaba llenar de chuscadas la prosa. Era de esos que dejándolos hablar no los ahorcan así nomás...

Un día el hombre se enfermó y como el doctor que lo atendió "no lo levantaba nunca", se allegó a Siete Voces, un negro curandero viejazo, con la mota llena de ceniza y defectuoso de la garganta: por esto le salía a veces la voz finita y otras gruesa. Está dicho: Siete voces.

Díaz tenía una mala enfermedad que le venía de la juventud, pues había sido muy amigo de esa clase de mujeres a las que "cuesta más bajarles el vestido que levantárselo"...

Siete voces lo curó con yuyos y cuando lo "dió radical", Díaz salió del rancho con el oficio del negro. ¡Le había robao la virtú!...

Se fué a otro pueblo y se "estableció" en la orilla, en el barrio de las loc..s, los carniceros y los mensuales pobres. Como era vivo como un rayo, marchaba lindo nomás!...

—¡Qué Díaz...! ¡Es un agenciavida número uno!...

★

"Sucede" que a veces lo venían a buscar para fabricar un "contratiempo". Casos de mujeres que no querían tener semilla.

—Y no pobres, eh!... ¿Sabe? Ricachas, algunas, que no querían "recargarse"...

Díaz con unos recortes de oreja e palo y unos gajitos de yerba de la perdiz, sacaba el mal por donde había entrado.

Cuando empezaban a cuadrar su luz las puertas de los ranchos, abría su consultorio. Era como los gatos. Veía mejor de noche que de día.

—Total, solía decir, si es del pobrerío el que llega es tan santo "esto" como darle un pedazo de pan a los muchachitos, ¿eh? ¿No le parece, esté...?

Y eran frecuentes los diálogos como éste:

—¿Qué hacés, Rafael? ¿Ya tenés la pava echada?...

—¡Pues! La patrona es como el malvón: prende de gajo.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Seis. Y, gracias a Dios, que se me han muerto cinco...

Comentaba Díaz:

—En tu casa, cuando no están de bautismo están de velorio.

Y luego, como conversando con otro:

—¿No ve que es un disparate, pobre hombre?... ¡Qué v'hacer!... ¿eh?

Y terminaba:

—Vení luego y llevás la toma.

El pobre lo hacía un poco por interés y otro poco por "bondá". ¿Qué iba a ganar con aquella pobre gente?... Era un deber, más bien.

★

Allí donde los ranchos tenían un frente de cama de portera y un desparramo de huesos que los cuzcos traían del matadero, estaba el rancho de la vieja Dominga, mal nombrada "La Tripera".

Tenía allí mismo una "cuadra" de lata para trabajar.

La vieja había salido con un "domingo siete". Sus cincuenta años envueltos en grasa, con la fuerza de aquella luna de seca, colorada en el cielo alto de enero, habían enflaquecido de golpe y, hambrientos, habían cazado una semilla como una flor caza un bicho...

Doña Dominga tenía la cintura partida en dos por un delantal grasiento. Era un ocho. Sentada en la silla de cuadro, rodeada de cuzcos, en el corredor lleno de moscas y "moscones de quereza", iba enrollando en el tolete las tripas de vaca para desgrasarlas de afuera, sacándole la "costura". Tenía — lo único — las manos lisas, resbalosas. Al costado, a la derecha, el raspador y la bombilla corta de inflar.

Entre las espirales finas de las tripas "del centro", puestas a orear en el alambrado de lado a lado, se movía algún tripón de chanchería. Al fondo, un negro chico, el "malmandado", sobaba vegigas de llenar de grasa en una losa de piso.

Doña Dominga pitaba, tomaba mate dulce con cáscara de naranja, y no hacía mediodía ni "puerta e noche". Comía ahora una achurita. La asentaba. Volvía a comer.

—No tengo reló en el estógamo, decía. Por eso estoy gorda.

Lo peor del tratamiento estaba en que tenía que sacarle el "forro a los güe... miraba la vieja. Iba del matadero al arroyo. Volvía...

Comentaba, se reía:

—... qué le parece?: a la vejez me ha dao por conocer el pueblo!...

Díaz estaba asombrado de aquel caso. No adelgazaba la vieja.

—Le meto cada dosi machaza. La ayudo con yuyos debilitantes, y nada. No afloja la mascada!...

★

Al fin La Tripera comienza a enflaquecer. A enflaquecer y engordar. Se estaba poniendo como las perdices: de pechuga gorda y patas finas. Agrandaba el vientre y enflaquecía las piernas, que ya estaban como palillos.

El negro era ahora el que trabajaba en la cuadra, frangoyando las tripas: tanto, que ya andaban las quejas de los compradores:

—En una res tiré diez metros... ¡Caras tripas, pué!...

—Pronto nomás viá empezar yo otra vez... Son cosas del negro... ¿Oyó?

Una noche la vieja hizo cama y luego de alborotar "como una chiquilina", dió a luz un machito. Lindo. Ojos abiertos y con pelito en la cabeza.

Ahora que no caminaba, que sólo vivía para las tripas y el machito, que comía a horas fijas y hasta tomaba leche, enflaquecía apurada.

★

Ella, en las noches sin sueño, prendía la luz para mirar al machito que dormía como un santito.

Díaz estudiaba aquel enflaquecer y enflaquecer...

Doña Dominga — La Tripera— se iba como disolviendo...

JUAN JOSE MOROSOLI

CONDECORACIONES

EL doctor don José María Muñoz se encontró un buen día con que el Ministro de España y el comandante de un buque de guerra de la misma nacionalidad, a nombre de su rey le traían el diploma de caballero de segunda clase de la Real Orden del Mérito Naval. El doctor Muñoz rechazó altivamente el supuesto honor, declarando que era un republicano que no aceptaba condecoraciones monárquicas, agregando que supiesen los señores que le venían con la encomienda que él en su país y en todas partes era caballero de primera clase.





El diario "Imparcial" de Montevideo en su número del 17 de febrero del corriente año, da cuenta de haber ingresado en la Legión de Honor la señorita Carlota Zambolli, bailarina, lo cual indica que en la Legión de Honor, el honor es lo que menos se toma en cuenta!...

Sin embargo, los republicanos de por aquí suelen ufanarse con las insignias y uno de ellos, caballero muy recomendable como empleado público, ha adquirido tal número de colgajos que no quedándole lugar en el pecho, está seriamente preocupado con la duda de si habilitará los muslos o la espalda para que todos tengan colocación.

(De Luis Melián Lafinur)

ULTIMA SOLU ON· TE NOCRA

por

Homero Guglielmini

C ERA sea el valor absoluto de las conclusiones propuestas por Tecnocracia, un provecho indiscutible quedará de la propalación de la doctrina, sobrevivirá a los azares de las discusiones, polémicas y batallas. Tecnocracia, en efecto, ha enfocado la atención de las gentes hacia el problema más dramático y sorprendente de la sociedad moderna: el desarrollo prodigioso de la tecnología. Lo que hace la técnica es ya apabullante; lo que puede hacer será maravilloso, o monstruoso.

Los tecnócratas insisten sobre el hecho de que en las sociedades tradicionales la única máquina productora de trabajo era prácticamente el hombre. Todos los sistemas económicos se recortaban sobre esa verificación elemental. Y el hombre, considerado como un depósito de energías para el trabajo, es una cantidad invariable. El régimen político estático se explicaba porque la energía utilizable era también estática. Egipto, con un millón quinientos mil obreros adultos, tenía una capacidad de trabajo calculada unos ciento cincuenta mil caballos de fuerza. Aplicando las mismas mediciones, la energía humana contenida en los 120 millones de habitantes que pueblan los Estados Unidos, nos da la cifra de tres millones seiscientos mil caballos. Pero... ¿qué ha sado? Tomemos una turbina moderna, el ejemplar más evolucio io de esta prodigiosa fauna mecánica. Ella puede desarrollar .000 caballos de fuerza. Y esta turbina, en lugar de funcionar o ocho horas — como el hombre-máquina — esta turbina, que conoce la fatiga, ni las neuralgias, ni las huelgas, funciona sin rar. De manera que multiplica 9 millones de veces la energía un hombre. ¿Cuál será el paisaje de Estados Unidos, y su por, cuando todo el equipo productor de energía se instale en la sma escala?

La civilización americana está basada sobre la energía y el eciso funcionamiento de su sistema de distribución. Causa pavor nsar en lo que acaecería si esa sutil y supersensible maquinaria desbaratara, aunque tan sólo fuera por un momento. Sería como ir al país en su médula espinal, sería clavarlo en la parálisis. nguna conmoción sísmica fuera comparable a esa conmoción nica. Imaginemos los rascacielos doblándose sobre el pavimento oquecido, en una noche de terremotos. Pues bien: tamaña pe illa resulta pálida ante lo que ocurriría si alguien — con poder ciente para hacerlo — diera el ¡Alto! al flujo constante de ener mecánica que mueve las ruedas de la civilización americana. Si el aprovisionamiento de agua de Nueva York se suspen a durante tres horas, la más grande ciudad del mundo que a irremediablemente presa de las llamas (en Nueva York hay ndios o focos de incendio cada quince minutos). Si los siste técnicos de producción y comunicación fueran detenidos en o curso por una mano diabólica — supongamos que los técni se amotinen — la población de Estados Unidos se moriría de bre y de frío en menos de un mes. Yo estuve al lado de las rales eléctricas de una de las ramas más importantes de tran subterráneos de Nueva York. Con sólo alargar la mano, ha paralizado el tráfico de cientos de miles de personas en los s de la ciudad vulcánica. Cuando murió Edison, decidieron apa las luces de la ciudad durante varios minutos, como homenaje enio inventivo del creador de la lámpara eléctrica. Y esa no al ver desvanecerse en torno mío, inopinadamente, los relám s de Broadway, imaginé la sombra inmensa que caería sobre undo moderno si la técnica fuera suspendida.

No insisto sobre el primer aspecto de las investigaciones lle s a cabo por los tecnócratas, o sea, el problema de la desocu ón tecnológica. Esos resultados han sido ya ampliamente di idos en Norte América, y aún en la Argentina. Yo mismo me cupado del asunto en otras oportunidades y con alguna aten Anotemos al pasar, no obstante, una conclusión a todas luces nte: es absurdo achacar la depresión actual a la sobreproduc No hay tal sobreproducción. Lo que hay es una crisis del r adquisitivo. Es cierto que los graneros están atiborrados de les, que los brasileños queman su café, que los automóviles udren en los depósitos. Pero es cierto también que millones de es se mueren de hambre y tienen que andar a pie o en tranvía. o tengo automóvil ni lancha a motor. Y me gustaría mucho automóvil, lancha a motor y también un autogiro. En una dad bien organizada, yo tendría automóvil, lancha y autogiro. debería tener ya... ¿por qué no? Si esas cosas sobran en el do. Y se podrían fabricar muchos más, como lo prueba la Tec acia: el doble, el triple, el cuádruple... ¡qué se yo! Y mis ores y yo, todos, tendríamos lancha, automóvil y autogiro. Tec acia afirma que, si adaptáramos nuestro régimen económico ico al crecimiento de la tecnología, ésta se hallaría en condi es de satisfacer los apetitos adquisitivos y de confort de toda ente, por lo menos en los países susceptibles de ser tecnifica en alto grado. Esa revolución se haría según los cálculos de ue Tecnocracia llama "Theory of Energy Determinents". En tura sociedad tecnocrática, los tecnócratas dictadores tendrán disposición unas tablas llenas de guarismos, las tablas de rgy Determinents", tablas que indicarían en términos mate cos las proporciones correlativas de producción y consumo ne ias para asegurar el máximo confort al máximo número de antes de ese feliz país de la Tecnocracia.

Por otra parte, Tecnocracia afirma que, a la larga, se reali en este planeta el ideal del ocio universal, por cuya conquista ó el hombre desde los tiempos de Adán: la maldición del tra será poco menos que eliminada (las interesantes implicacio éticas involucradas en esta conclusión, no serán objeto del pre artículo, pues tampoco forman parte del cuerpo de doctrina Tecnocracia). Según Tecnocracia, si los norteamericanos apli a la producción los métodos, invenciones y procedimientos cidos actualmente por la tecnología, sólo tendrían que traba uatro horas por día y cuatro días por semana: y esa jornada bastaría para producir todos los artículos de primera necesidad y de confort que normalmente consumen, y el "income" o renta de cada cual sería 10 veces más alto que el "income" medio percibido por los americanos en 1929, año en que la curva de la prosperidad llegó a su máxima. ¿Quién se resiste a esa clase de argumentos? Nadie. Y menos que nadie los norteamericanos, para quienes la época del "pionneer" y del sudor de la frente está pasando definitivamente a la historia, y lo que ahora ambicionan es ocio, "confort" y felicidad terrenal.

Dibujo de Premiani

★

Actualmente, la doctrina tecnocrática está sufriendo, en su país de origen, un fuego graneado. La reacción de los adversarios es tan vehemente como el entusiasmo de los prosélitos. Por lo demás, ya ha levantado cabeza la herejía en el seno mismo de la doctrina. Un grupo, dirigido por Rautenstrauch, se limita a la investigación científica del problema, con un criterio más bien académico y objetivo. Acumula datos, records, gráficos, estadísticas y diagramas, para completar lo que los tecnócratas llaman "The Energy Rurvey of North America". El otro grupo, encabezado por Howard Scott, el líder iniciar del movimiento, sin descuidar el punto de vista científico y compilatorio de la doctrina, carga el énfasis sobre los aspectos militantes y beligerantes de la propaganda. Ultimamente, Estados Unidos asistió a una colosal expansión de Tecnocracia, desarrollada bajo los principios de la reclame a alta presión, y dirigida a suscitar en la masa americana un clima psicológico favorable al advenimiento del Estado tecnocrático. Se pronunciaron alocuciones en teatros y sitios públicos, se difundieron volantes desde aeroplanos, se utilizó la radio, el diario y el cartel. Muchos americanos están cavilando ya que es necesario darle el poder a un Mussolini electricista, para que haga funcionar a los Estados Unidos y a sus 125.000.000 de habitantes — otros tantos dientes del engranaje — de acuerdo a los nuevos principios y con la precisión de una máquina.

★

Tecnocracia ha descubierto que, si se aplicaran en seguida las nuevas invenciones y procedimientos de la tecnología, se produciría en la sociedad capitalista un caos espantoso. Las casas serían elaboradas con una velocidad y abundancia tales, que el mercado consumidor quedaría instantáneamente sobresaturado, y las fábricas tendrían que clausurarse por falta de demanda. La industria del calzado tiene una capacidad virtual de producción de 900.000.000 de zapatos por año. Aunque a todas las mujeres chinas se les ocurriera de repente usar zapatitos con taco enormemente la demanda.

Actualmente, hay plantas de laminación d nan automáticamente. Las únicas personas presentes nos, cuya función consiste en arrojar a los vagabund ciudades. Una fábrica de tejidos está próxima a in el Estado de Nueva Jersey. Sus inmensas maquinarias automáticamente por medio de palancas eléctricas, pacho de un supervisor en uno de los rascacielos de

Recientemente se han instalado máquinas que 2500 a 2600 cigarrillos por minuto. En la manufactura incandescentes, un hombre puede producir hoy en mismo número que en 1914 requería 9000 horas de planta de automóviles instalada en Milwaukee puede riamente 10.000 chassis empleando sólo 208 ob ros.

Pero los directores y managers de la ind gimen capitalista intentan eliminar estos p ficticiamente el mercado. Por una parte, se de los nuevos procedimientos tecnológicos; la masa, mediante la propaganda a alta p renovar periódicamente el "tipo" o "mode (psicología de la moda: el automóvil últim de traje, etc., etc.) Cito en seguida algun cación, según demostraron los tecnócrata sible, a no ser la oposición interesada de dustria:

El automóvil tecnocrático. — Podrá c sin requerir un reajuste general. Su costa d un 50 o|o más elevado que el de los automóvil calidad. Será prácticamente tan longevo como s Actualmente, las fábricas de automóviles en los tienen una capacidad de producción de 8.000.000 a cula que en tres años y pico se podrían producir tod viles tecnocráticos necesarios para el consumo de Estados U durante 50 años.

El traje tecnocrático. — Una planta fibrosa relativamente conocida hasta hace poco — ramie — puede ser introducida, s quiere, en la industria del tejido. Los trajes que se hicieran c ella serían siete veces más convenientes que los trajes hechos lana, y setecientas veces más convenientes qu los trajes hechos algodón. Durarían 10, 15 ó 20 años. Serían impermeables, nec sitarían planchador y tintorería una sola vez por año. Si el ram fuera aplicado a la fabricación de trajes, los sastres tendrían qu cambiar instantáneamente de profesión y dedicarse, por ejemplo, a la literatura.

La casa tecnocrática. — Las fábricas podrán elaborar miles de casas por día, equipadas con las más modernas instalaciones de confort con sólo la participación de 200 obreros. Los pintores, carpintores, plomeros, electricistas y albañiles se quedarían inmediatamente en la calle, sin trabajo. Barrios enteros en ciertas nuevas ciudades de los Estados Unidos han salido de estas fábricas.

La hoja de afeitar tecnocrática. — A ésta la podemos llamar la hoja de afeitar "vitalicia". Se puede producir ya de acuerdo a los nuevos descubrimientos tecnológicos. Duraría toda la vida del consumidor, y aun podría figurar entre las cosas legadas a los hijo Pero Mr. Gillette tendría que cerrar todas sus fábricas, pues pocas semanas la demanda de hojas de afeitar quedaría satisfe por tiempo prácticamente indefinido.

Intentemos imaginarnos esa sociedad tecnocrática del futu y nosotros en medio de ella. ¿Cuál sería el destino del hombre g bernado por la técnica? Desde luego, habría en él cuatro aspecto engorrosos, hasta detestables, si se quiere. Usar toda la vida, in riablemente, la misma hoja de afeitar (salvo el caso de extravi el estuche donde la guardamos... ¡Y qué percance sin remed sería perder ese instrumento invulnerable!), acabaría por afect nuestro sistema nervioso. Llevar a los cuarenta y cinco años mismo traje que hubimos de usar a los veinte (en el supuesto no haberse alterado la medida de nuestro cuerpo en el interval crearía a la larga una indiferencia mortecina entre las edades. automóvil y la casa de mi vecino de al lado serían exactamente los mismos que los de mi vecino de enfrente. Mi abuelo usaría indiferentemente el canotier que yo usé a los veinte años, a pru de sol y mojaduras.

No sería posible salir de una casa para entrar en o que todo sería como entrar y salir de la misma casa. Las se irían muriendo, pero las cosas seguirían impávidas... dejaríamos el mundo, pero ahí quedarían mi encendedor a secular, mi par de zapatos milenario, mi botella irrompi que los usen mis tataranietos y los hijos de mis tataranie sucesivamente. ¡Y qué de confusiones, y substituciones, y teos, en las perchas de los restaurantes, donde todos los so de los parroquianos serían igualitos, y, por lo tanto, trans

Sin hablar del lío de las playas de estacionamiento de viles. Estos artefactos ancianos y venerables, pero inmun achaques de la vejez, deberán ser reclamados a cambio de traseña, única manera de individualizarlos, como hacemos sombreros a la salida de un teatro. Porque hay que pensar esa sociedad tecnocrática, los automóviles abundarán en igual medida que las langostas, y serán tan uniformes como estos insectos.

Tales inconvenientes serán rescatados por innegables ventajas. Los tecnócratas nos darán cada semana, desde la Gran Boletería del Estado, una colección de certificados, o bonos (como quiera llamárseles, que representarán unidades de energía, o "ergios". A cambio de dos horas de trabajo, quo consistirá, por ejemplo, en vigilar las rotaciones de un émbolo, nos darán un billete de cien "ergios". Ahora bien: estaremos compulsados a gastar esos billetes de 'ergios" en el curso de la semana entrante. Si nos viene la gripe, y tenemos que quedarnos en casa, pues bien, esos "ergios" nos van a sobrar como papel de diarios: ni regalarlos podremos, porque los "ergios", al revés de los pesos, serán intransferibles, como las invitaciones al palco oficial.

Y otro problema: ¿qué haremos con nuestro tiempo desocupado? Porque, a medida que la tecnocracia se agrande, se irá acortando la jornada de trabajo. Probablemente obtengamos la semana de una hora. Entonces, nos pasaremos la vida fumando cigarrillo tecnocráticos de un metro, que, una vez encendidos, nunca se gan, o nos entretendremos escupiendo a la calle desde la de los rascacielos...

★ Extrañas Curas de Ayer y de Hoy ★

E STA en nuestra naturaleza el hacer mofa de las prácticas y las costumbres de nuestros antepasados, especialmente en lo que as enfermedades y sus curas se refiere. Qué gente atrasada eran!, decimos con un tonillo superior, y a fe que muchas de las curas practicadas por nuestros tatarabuelos nos hacen hoy morir de risa.

En el siglo XV, todo lo que necesitaba un hombre para no aer en la borrachera consuetudinaria, consistía en "poner tan o polvo de Betónica y de Col erde como puede caber sobre na moneda de seis peniques, y marlo todas las mañanas; y odrá tomar su porción diaria vino sin perjuicio alguno". de muchos que darían una rtuna por que esa medicina ese tan eficaz como parecía eerlo el ingenuo autor de esa ceta.

¿Qué decir entonces de la cu inventada por Sir Kenelm gby, en 1638, para combatir dolor de muelas? "Para cu una muela dolorida, tome aguja extraordinaria y úr se con ella la encía, cerca de uela, hasta hacerla sangrar. ho esto, clave la aguja lle de sangre en una viga de era sobre su cabeza, y el do desaparecerá como por en to".

De que la práctica del adelgazamiento no es invención de estros días, lo atestigua la siguiente receta, extraída del volumen titulado "La Joya de la uena Ama de Casa", que se ublicó allá por el año 1596: "Para lograr una silueta esbelta, tome hojas de hinojo y ándelas en una buena canti d de agua. Luego, después de rvir, exprima las hojas, y tó se todo el jugo. Estará lista instante".

"Lista" es un calificativo un nto siniestro: pero, así y todo, cura en cuestión no era segu mente más eficaz que las que pregonan en nuestros días. ra recesta del mismo período, ncionada como un "Incompa le Jarabe contra la Melancolía", y en la que se incluyen una variedad de hierbas salvajes, manzanas, canela y lúpulo hervido en jarabe, podría resultar aceptable aún ahora. En cambio, la cura contra las mordeduras de perros rabiosos no nos inspira tanta confianza. Reza así: "Escriba sobre un trozo de papel las palabras "Rebus, Rubus, Epitepsicum", y déselo de comer al perro".

Además de esas recetas a base de ingredientes enteramente inofensivos, el polvo de víboras y sapos, el moho de los cementerios, las raíces de mandrágora — a las que se atribuía la propiedad de gemir de dolor cuando eran arrancadas de la tierra — las musarañas disecadas, las orugas y sanguijuelas hervidas en aguardiente, fueron muy populares durante la Edad Media para combatir toda suerte de afecciones y dolores, y hasta una época relativamente cercana se traficaba activamente con raspadura de cráneos humanos y polvo de momias.

Si bien los médicos ya no intentan curar la apendicitis aplicando un perrito vivo sobre el estómago del paciente, continuando el tratamiento con "una cataplasma de manzanas podridas", en el Extremo Oriente se vende todavía amnios disecados a los pescadores supersticiosos, como un preventivo seguro contra los naufragios, mientras las mujeres judías compran "sangre de dragón" (que no pasa de ser una vulgar pócima) para atraer a los mozos reacios a sus encantos. De la misma manera, una patata fresca, llevada en el bolsillo hasta su desintegración total, es considerada por mucha gente como un excelente remedio contra el reumatismo.

Pero no anticipemos nuestro juicio. Por más sorprendente que pueda parecernos, algunas de esas antiguas recetas, que tanto nos mueven a risa, no eran tan desatinadas como parecen. Vayan algunos ejemplos:

En la Edad Media se solía encerrar a un enfermo atacado de escarlatina en un cuarto tapizado con franela roja, envolviéndolo en paños rojos, y no se permitía la entrada a nadie que no estuviese ataviado de la misma manera. Pues bien: acaba de descubrirse que el método más seguro para combatir la escarlatina consiste en tratar al paciente con luces rojas, aislándolo en una habitación iluminada con lámparas rojas...

Desde un tiempo inmemorial los doctores de China y del Tibet han estado usando el polvo de cuernos de ciervo para fines curativos, motivando más de un comentario irónico de parte de nuestros médicos. Sin embargo, hace pocos meses un grupo de hombres de ciencia descubrió que las preparaciones a base de astas de ciervo en polvo son benéficas, sobre todo para curar heridas, y el profesor Pavlenko, uno de los médicos más prestigiosos de Rusia, no trepidó en asumir la dirección de la vasta campaña emprendida en toda Europa para dar a conocer las bondades de ese producto.

Son bien conocidas las propiedades antisépticas de las hierbas jóvenes. La costumbre de colocar ramos de flores ante el juez y los fiscales en los tribunales de Londres, recuerda la antigua práctica de sembrar el piso de los tribunales con flores y hierbas para alejar el hedor de los prisioneros; en otras palabras, para evitar la infección. Y si bien ya no introducimos un trozo de hierro en el agua para que trasmita a los alimentos sus preciosas cualidades, ese metal sigue siendo considerado como un tónico insuperable.

No hay cura, por fantástica que pueda parecernos, que no sea aceptada por las personas enfermas cuando creen que ella habrá de aliviar sus males. El número de charlatanes que recorren el mundo pregonando sus mercaderías forma legión, siendo a veces muy difícil trazar una línea entre los charlatanes conscientes y deliberados, y los charlatanes persuadidos de la bondad de sus productos. A esta segunda categoría parece pertenecer el inventor de la Silla Magnética, cuyos brazos se dicen "magnetizados por la influencia de fuerzas vitales emanadas de la tierra con la cual el Magneto se halla en contacto". ¿Será posible que, en esta época descreída y escéptica, podamos prestar fe a semejantes patrañas? Y sin embargo, millares y millares de ilusos permanecen fieles a esos métodos de cura.

Dibujo de Güida

Desde hace algunos años la Caja Negra de Abrams conoce una considerable popularidad entre los públicos europeos. Exteriormente es una especie de caja metálica, llena de discos y palancas, mientras su interior encierra una verdadera red de ruedas dentadas, de poleas y de cuerdas. Su inventor, el doctor Abrams, sostiene que las "vibraciones del aparato constituyen una cura soberana para una vasta serie de enfermedades". No dudamos de que Abrams sea un eminente hombre de ciencias, ni de que la Caja Negra pueda producir ciertas reacciones cuando la aplican al cuerpo humano. Pero de ahí a determinar si esas reacciones son buenas, malas o indiferentes, hay un buen trecho...

En el campo inglés subsisten todavía algunas curiosas curas. Así, en Sussex, no se ha abandonado del todo la antiquísima práctica de cubrir las heridas con estiércol fresco de vaca, y, cosa extraña, en muy contadas ocasiones ha sobrevenido una infección.

En la India, donde los cinco productos de la vaca: leche, manteca, queso, estiércol y orín son sagrados ,nadie se sorprendería de esa cura; pasma, en cambio, el que pueda subsistir en una de las naciones más adelantadas de la tierra.

En algunas aldeas del Devonshire, otra región de Gran Bretaña, aún se emplea una cura cuyo origen se pierde en las tinieblas del pasado. Se echa un puñado de caracoles en una olla llena de agua hirviendo: luego se trituran hasta dejarlos reducidos a una pasta, cáscaras y todo, que se usa como untura para ciertas dolencias.

Algunos distritos de Francia ofrecen a la curiosidad de los forasteros extraños procedimientos curativos. En Saboya, los campesinos consideran el extracto de víbora como un remedio insubstituible para muchos males. Se prepara del siguiente modo: se introduce una víbora viva en una botella, que se llena seguidamente con agua hirviendo; se cierra entonces la botella con un corcho, dejando fermentar el contenido.

En los alrededores de St. Symphorien d'Ozon, en el Departamento del Isere, los paisanos cuelgan serpientes muertas de las vigas de la cocina para hacerlas secar, mezcladas con jamones y salchichas. Cuando un miembro de la familia se siente enfermo, se corta un trozo del réptil, usándose como infusión. Sus maravillosas propiedades tónicas (afirman los campesinos) provienen de la ponzoña que, bajo el efecto del calor, se desprende y se disuelve en el agua. Conviene recordar al respecto que el veneno de las serpientes se usa con todo éxito para el tratamiento del cáncer, así como el ácido de las abejas extirpa de raíz el reumatismo. La gente de campo conoce este remedio desde los tiempos más remotos, haciéndose picar por abejas las partes afectadas...

En los Estados Unidos se conoce la "cura del caño de acero", que guarda cierto parecido con la Silla Magnética. El paciente debe llevar en su cintura un caño de niquel que se llena de azufre, y al que van fijados cordones elásticos y aros que sujetan en las muñecas y tobillos. Antes de usarse, el caño es puesto en agua fría para "generar el fluído curativo" que sus inventores le atribuyen y que "aumenta la cantidad de oxígeno del cuerpo", inmunizándolo contra cualquier enfermedad que pueda tener o contraer en el futuro.

Existe en los EE. UU. un aprovechado comerciante que asegura, a quienes quieren oirlo, haber visitado el Cielo (con su cuerpo astral, se entiende), donde le dieron la "Llave del Conocimiento" junto con las recetas de dos medicinas capaces de curar en poco tiempo quier enfermedad. Esas m cinas son: "La Untura Sa da del Sol y de la Luna" "Aceite Sagrado del Sol la Luna", ambas prep vendidas con pingües por el hábil embauca no vacila en afirma productos encierran nes vitales debidas actividad de la elect magnetismo".

Lo absurdo de e queda cumplidament por casos tales como paciente a quien, pa su bronquitis, los doc marras le aconsejaron s cara en el pecho una ca ma de queso; una untura ciertos casos graves resultó tener tan sólo tocino, vinag miel, mientras otro tratamie consiste en frotarse el cuer con un rodillo de metal previ mente sumergido en amoníaco al que se le habrá agregado leche y la sangre de un gallo blanco...

Otra "cura pintoresca fué que apareció en el mercado glés, hace pocos años, con el gestivo nombre de "Asa-ple que se decía infalible para cer desaparecer en poco tie las piorreas más rebeldes. es de suponer, se trataba preparado sin eficacia al y la empresa que lo fabric declaró en bancarro tiempo; pero, ante general, el "Asa-pl reció meses despué lasia, esta vez con la de que curaba la ma

En Grecia, los niñ de toz ferina son sus padres junto tros, pues sostien emanaciones gaso bre los bronquios benéfica influenci

A pesar de qu procedimientos dos en princi cientí cia, d segur nues

José Federico Naya

MPOS BRAVOS LOS DEL PERINGUNDIN

★

Tambito" Ensayó sus ros Cortes el Tango

★

o que invariablemente constituye el clima florecimiento del tango en sus más variadas rmina, al propio tiempo, la oportunidad de ntario correlativo, y sintetizar a modo de a dispersa y fragmentada de su nacimiento ciudad porteña cuya es su cuna.

ezo mi intento de cronista fiel con la auto- mi función accidental de comentarista del e este año presenté desde el escenario a la ia vieja", durante cerca de doscientas audi-

loguista e ilustrador por ponerme en contacto s, relaciones y personajes del tiempo viejo, acució gador y al cabo de pintoresca búsqueda, puedo sin alistas, anotar estas acotaciones al tango que pueden e referencia fieles el conocimiento de los orígenes del su evolución ciudadana.

evidente que el alma de cada pueblo se singulariza, revela y ca- r su música nacional, pues en ella se vuelcan sus afanes, sus es- s, sus dolores y sus alegrías.

nuestro tango, como nuestro teatro, como nuestra canción, co- estra danza, nacida en el anhelo de expansión de los humildes, se de esa ansia hasta llegar a ser una vibración auténtica y profunda eblo; el mismo que ensancha nuestras ciudades, alza los palacios os enorgullecen, elabora nuestro futuro y carga los barcos de to- naciones que nos traen hombres para el trabajo y mujeres para amor, con las doradas espigas de nuestra madre tierra.

Cuando nació el tango, la habanera, clásica en el candombe de los ailes de negros del tiempo de Juan Manuel, le infiltró ritmo sensual de ereza, confusa bravura melódica de entrevero, acompasamientos gra- es de tamboril y rezongo machazo de bordonas.

Después, la sencilla y sabrosa música campesina, al llegar a las ori- las de la ciudad, le contagió la ligereza intencionada de sus milongas, la picardía socarrona de las cifras, el desmayo amoroso de la vidalita y la tristeza serena de sus estilos.

Así dotado el tango primitivo, los organitos del gringo de la "pata lo" empezaron a difundirlo, poniendo en el gran cono claveteado de rtorio, junto a la canzoneta tana, el milongón de rompe y rasga, chachones melenudos, de camiseta de red, faja argentina flecada, n a la francesa y uruguayas de bayeta con bordados rumbosos, n entre ellos, en las esquinas, pagando un "chinguita", cinco cen- la pieza.

asta que una noche, en un apartado lugar de Palermo, en la Bue- res donde silbaba y divertía el Payo Roqué, paseaba su monóculo, ba requintada y su galera gris, el gran espíritu de Lucio V. Man- mantenían sus tertulias muchachos que se llamaban Rufino Varela Marianito de Vedia, Belisario Roldán, Crispín Idoyaga Molina, Villanueva, Pancho Taurel, Emilio Gouchón, Pancho Panelo, lo Naón, Pepe Palau, el Payaso García, Pitoto Ramallón, Manuel Feijóo, Sánchez Boado, el Pardo Sienra Carranza, Guiñapa o sea o Guiñazú, Moreno Gallegos Serna, el gordo Torres Bustamante, el Bosch, Pajarito y Teodoro Argerich; se entreveraban Carlos el és con María la Vasca, el Maco Milani con la China Joaquina y em- n a tallar la Gaucha Manuela, Mecha Peña, Ataniche, la Gringa a Vasca Ernestina, Sarita Bicloruro, Mireya o la Paisana; una ía en el "Tambito", apareció un trío de músicos, dispuesto a noches de la muchachada con sus milongas.

músicos, con sus instrumentos bien templados, tenían tres omadas a sus sonrisas y tres intenciones de hacerse valer rros fieles que dentro de las vainas se estaban saliendo por go. Eran Ernesto Ponzio, el Pibe Ernesto, con su violín, azú con su guitarra y Vicente Pecci, el Tano Vicente, con

El Primer Templo del Tango

nbito", sito sobre la actual Avenida Vieytes antes de llegar venida Sarmiento, era un recreo, frecuentado refugio de albergue predilecto de las pandillas en tren de correr una copas, mujeres y bailongo.

ara llegar hasta el sitio, era de rigor hacer la excursión "a bordo" un "placero" o victoria de alquiler, cuyas ruedas con llantas de hie- rro, despertaban a la noche soñolienta; tal su fragoroso estrépito al ro- dar sobre el desparejo empedrado de entonces, hasta que en llegando a Palermo se deslizaban silenciosas envueltas en nubes de polvo, o hun- diéndose hasta las tazas en los pozos del camino zamarreaban en sus barquinazos el explicable anhelo de la pandilla por llegar pronto.

Muchas noches la madrugada se cernía sobre las mesas desguar- necidas del "Tambito" y a la espera de clientes los músicos del trío, inactivos, discurrían sobre la mala suerte que los obligaba a holgar...

Pero de pronto, del silencio, llegaba el tintineo de un cascabel, fa- miliar aviso de un coche placero en inminente arribada con parroquianos.

Sacudía su modorra el mozo gallego adormilado en un rincón y co- rría a dar todo el gas a los picos cuyas llaves semicerraba el criterio económico del patrón; éste, por su parte, al salir de tras el mostrador en trance de hacer un recibimiento cordial, con el repasador al brazo, se colgaba su mejor sonrisa bolichera; y ya los músicos prendidos a sus instrumentos acompasaban un tanguito saltarín, cuando entraba la pan- orosa de carcajadas, crepitante de pullas para la gente de la ordante de chancera gentileza en el saludo.

un primer convite a "los musicantes", se empinaba al unísono azo" inicial que templaba el tono de la jarana con las risas fá- cotorreo de las hembras bien dispuestas.

iesta iniciada precisamente en esa madrugada, no se sabía cómo o había de acabar. Ocurría, a veces, que otra pandilla paseande- la por el rumoreo jaranista de la tertulia, entraba al "Tambito" a compartir el pasatiempo; y según estuviese el talante de ra patota, o hubiera surtido su veleidoso efecto el abundante a entente cordial agrandaba el corro de la farra, o una tem- ga de bravura al excitar al "indio dormido" desencadenaba tremolinas, al cabo de las cuales hasta las mesas queda- ba.

harto escasa para vigilar y mantener el orden, tenía experiencia en tales casos, pues su intervención deter- eriosa solidaridad entre los contrincantes, cuya comba- tividad se aunaba contra el pobre "chafe", dejándolo "mormoso" en menos de lo que canta un gallo.

De tal suerte, las trifulcas, trenzadas o batifondos se desarrollaban sin contar con el control policial y, por ello, asumían a veces proporciones trágicas y catastróficas.

Viviendo noche a noche la variada suce- sión de "tole toles", respirando sin esfuerzo el aire cargado de inquietudes de aquel am- biente, familiarizados con el rol de especta- dores obligados de las diversas fases del ba- tuque, aquellos tres músicos aprendieron a sonar más fuerte sus milongas y enhebrarlas al hilo, desde que se iniciaba el entrevero.

De tal suerte, el tango empezó a ser com- pañero infalible y cabal, cómplice eficaz y despistador insubstituible en trenzadas bravas y en pen- cas de guapeza, y ganó con ello la devoción nochera que fatalmente llegó más tarde a hacerlo objeto de sus pre- dilecciones, singular fetichismo que atribuía virtudes propicias a deter- minada milonga para el éxito amatorio; calidades estimuladoras al rit- mo y la melodía de tal tango para cobrar bríos en la pelea; hallaba entonación vigorizante en otro para el trance liso y llano de "alzar" copas y difundía presentimientos trágicos en la expectativa circuns- tante apenas sonaban las notas de algunos de ellos relacionados en el recuerdo noctámbulo con la trágica muerte de un guapo.

Ilustraciones de A. Guevara



Del peringundín al Hansen

La frecuencia de incidentes desagradables con sus finales de trage- dia y de prisión, provocó un período de retraimiento y desvió la predi- lección nochera hacia sitios menos frecuentados y de restringido acceso, generalmente grandes casas sitas en calles apartadas, donde amigas prestigiosas de la muchachada ofrecían sus salas, sus bodegas y sus mú- sicos a los farristas de bien forradas billeteras.

Aquellas casas tuvieron su hora de renombre y de prestigio en la crónica de la vida nocturna y sus dueñas disputábanse la predilección de las patotas repartida entre María la Vasca, la Gringa Lina, la Vieja Carlota, Laura, Blanche, la China Joaquina, Fontainet, María Esther o Sara Lastra.

El tango tenía en cada salón de aquellos, cultores afamados, ejecu- tantes a dos pianos en algunos o integrantes de tercetos similares al "Tambito", con el Negro Rosendo, Bevilacqua, Saborido, el gordo Mau- ricio, René, Silva, etc.

Luego al "Tambito" le salió un continuador: el Kiosko Casares, ha- bilitado para expansiones similares de la vida nocturna.

Hasta que, por último, en las mismas arenas de Palermo, que muy bien pueden ostentar el título de cuna del tango, se abrió un gran local, que para aquella época, era un verdadero lujo, y, cuyo funcionamiento encauzó después de intensificarla, la vida nocturna de la legión pasean- dera y la diversión de la gente calavera.

Fué un alemán llamado Federico Hansen quien acometió audaz- mente la entonces descabellada empresa de dotar de un antro propio y cómodo a los noctámbulos, siempre listos a correrse una farra.

Sobre la Avenida Sarmiento, apenas se cruzaba la Avenida Vieytes y la vía, en aquel tiempo a nivel, del Ferrocarril Central Argentino, pró- ximo a la antigua estación Palermo, se instaló aquel recreo, famoso en los anales de la diversión porteña, y que se designó corrientemente por el apellido de su propietario.

Ofrecía aquel local, además del bar propiamente dicho, el aisla- miento propicio de varios salones reservados y de las glorietas, varias de ellas techadas, y separadas las unas de las otras por tabiques de va- rillas de madera dispuestas en enrejado y por entre cuyos cuadriculados verdeaban retorcidas guías de enredaderas.

El acceso se hacía por una amplia escalinata de seis tramos tendi- da ante la ancha entrada sin portón, que limitaba el extenso patio, aposentamiento preferido de los parroquianos clasificados como gente de orden.

Todas las dependencias se hallaban levantadas a cierta altura so- bre el nivel del suelo, precaución indispensable contra la invasión de las aguas del Plata, que con harta frecuencia, en sus altas mareas, sitiaban, convirtiendo en isla, al emporio jaranero por excelencia.

Las noches más movidas y abundosas en incidencias con el epílo- go infalible de la retirada del "zanahoria" eran las de Lunes y Sábados.

Determinaba tal periódica e invariable característica la circunstancia especial de que los lunes, día de liquidación semanal y de sa- lida para las pupilas de los prostíbulos, éstas compartían la noche proveyendo a los gastos de la salida, con sus amantes, generalmente muchachones ladeados y compadritos, holga- zanes y viciosos, que so pretexto de poner un poco de buen amor en la vida de la pobre mujer, consumían insaciables exigiendo cada vez más rendimiento, las "semanas" inferna- les vividas en frenética venta de la carne ya insensible.

El "cafiolo", que así se les designaba, instado por la mujer ansiosa de oír un poco de música y bailarse una pie- za, si a mano viniera, se ins- talaba con su compañera en una victoria de alquiler y al cabo de media hora, por lo menos, arribaba al Hansen.

★

Tajos, Botellazos y Tiros Daban Final a las Farras

★

Las barras apostadas a ambos costados de la entrada, en las mesas del patio, alertas a la clasificación del recién llegado, lo "filiaban" sin fallar apenas lo veían en el gesto torpemente ex- hibicionista de pagar el peso y veinte de coche, sacando el grueso fajo de billetes "con olor a latas", como se decía del dinero del prostíbulo.

Apenas el taita, con aire de suficiencia y paso más o menos firme, pisaba el patio "mandando" un poco adelante a la mujer, cuando una mano certera arrojaba un panecillo, el cual, luego de describir breve trayectoria hacía volar el "funghi" del visitante.

¿Para qué describir la airada reacción del agredido ni el empaque de guapo con el cual pretendía impresionar a la "mina"? Pero el compadrito, pese a la torcida pesadez de agalludo con que se encaminaba a la mesa, no contaba con la huéspeda, y ésta lo sorprendía con una lluvia de metralla panadera que descuaje- ringaba su postura de matón.

Claro está por aquello de que "donde hay yeguas, potros nacen", a veces aparecía en tales "pencas" el taita de verdad, buen cuchillero y de corazón bien puesto, que copaba esa banca, ajustándose un poco echado atrás el "funghi", pelando de entre la manga del chaleco la fina y larga "fiyinga" y cuadrándose decidido "rajaba" con una blasfemia "a quien fuera que tiró", desafiándolo a hacer la pata ancha si era hombre ese maula.

Cuando se ofrecía ese "barato", tras brevísima deliberación, uno de los "puntos altos" de las patotas salía al medio a jugarse esa parada y con gran desenvoltura se aproximaba al "copero" con ademanes y frases conciliadoras, exhortándolo a deponer su acometividad.

Indefectiblemente, el aludido, envalentonándose con lo que él suponía una "achicada", agrandaba en palabrerío soez su agresividad.

Y como quiera que el uso y abuso del arma blanca rigen su eficacia por las leyes de la esgrima, entre las cuales la distancia y la velocidad son ineludibles, y puesto que el ardid de conversar había permitido al rival "ganársele adentro", la daga del male- vito encocorado valía lo que un escarbadientes, y prueba feha- ciente era el sueño en el cual lo sumían el o los recios castañazos con que el amigable componedor lo tendía sobre las baldosas.

A todo eso, como si oficiaran un rito, los musicantes hacían sonar con empeño sus milongas, y las hembras cancheras, en complicidad para hacer pasar inadvertida la riña, arreciaban en sus carcajadas y exclamaciones de falaz alegría.

Algunos tangos de la guardia vieja

En los recreos nocturnos de la ciudad de ayer hacían sus primeras armas de paseanderos los "mamones" o muchachos de entonces. Entre jailaifes, compadres, patotas y taqueras, se iba la noche con el desgranar de tangos, en los que, al ruidaje de la enagua almidonada de la moza, hacía cerco el bardado de las sentadas con media lunas, el cruce de los ochos y las quebradas canyengues de los taitas de botín enterizo con taco alto, cuello militar abierto, corbata voladora, saco corto con botamanga, bo- tonadura de nácar, cuello de terciopelo, todo trencillado; y pan- talón a la francesa.

DON JUAN. — Elástico y aparatoso el compadre guapo y afortunado, pagado de sí mismo, pisaba fuerte y hablaba alto su jerga florida y pintoresca. Punto bravo entre el hembraje, domi- naba por mandón y era admirado por su ciencia para librarle del camote. A ese malevo apuesto y presuntuoso cuya figura se ha perdido en la crónica lejana, evoca con sus compases mar- ciales y su ritmo rotundo el "Don Juan" del Pibe Ernesto, uno de los tangos más característicos y difundidos de entonces que sobrevive gallardamente y hoy resulta aun una sabrosa página.

LA MOROCHA. — Este tango de Saborido se hizo famoso como "La Tirana", porque su cadencia lenta y acariciante cal- deaba la sangre y templaba la bravura de las hembras, cuyo amor propio acuciaba su enfermiza coquetería.

Una noche sí y otra también, la fiesta terminaba como el ro- sario de la Aurora, pues en lo mejor, a los acordes de uno de esos tangos, salían dos varones a disputarse a castaña limpia, fierro o bala el almidonado de unas enaguas sonadoras como la belleza bravía de aquellas criollas de entonces.

Debió ser notoria la influencia supersticiosa de esos tangos, cuando el propio Hansen resolvió prohibir su ejecución a sus músicos, cansado, según decía, de pagar platos y copas rotos, así como de perder el importe de las consumaciones en muchas me- sas que eran abandonadas por los parroquianos en cuanto se ar- maba la gorda.

ATANICHE. — En tal época bravía, el tango, como un guapo pendenciero, daba tono a la noche de las patotas diverti- das; por eso, en vez de tener el acento llorón y sentimental de hoy, se achispaba con un ritmo saltarín de milonga, en tanto se volvía chancero y provocativo con la entonación un tanto soca- rrona de las coplas camperas sabrosas e intencionadas. Resultó de esa aleación melódica el tango de "rompe y raja", que, como dice el gran Silva Valdez, "calienta la sangre y emborracha a la gente". Uno de esos tangos, a cuyos acordes se hamacaron pa- rejas querendonas de bailarines y cuchilleros machazos, fué "Ata- niche", del Pibe Ernesto, una de las primeras milongas legítimas que sonaron en Palermo, entre la arboleda del recreo del "Tambito".

EL ENTRERRIANO. — El tango nacido como he reseñado, en el peringundín, fué por mucho tiempo proscripto de los centros urbanos regidos por mogigatos prejuicios. Como aun no se can- taba, su difusión era reducidísima y su danza constituía pecado.

En 1912, hasta en esos salones matineros y de sociedades danzantes, concurridas por obreritas y sirvientas, se reprimía enérgicamente el intento de introducir el paso más inocente de ese baile repudiado.

Pero hay expresiones musicales que se imponen por su ca- lidad, y en ese sentido no poco debe el tango a "El Entrerriano", que hoy ya es proclamado el himno nacional del tango. "El En- trerriano" es, además, una de las ofrendas de un corazón bien templado de criollo, pues se trata de un regalo que su autor, el Pibe Ernesto, le hiciera al Negro Rosendo.



José Antonio Saldías